

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris;

AÑO 49. — N° 393.



VISITA DE LOS REYES Y LOS PRINCIPES AL EMPERADOR NAPOLEON EN LA VILLA ESTEFANIA DE BADEN.

SUMARIO.

El congreso de Baden; grabado. — Revista española. — Almuerzo de los soberanos en el castillo viejo de Baden; grabado. — La catedral de Palermo; grabado. — El estanque grande del palacio de Fontainebleau; grabado. — Revista de París. — Memorias. — Cuentos fantásticos. — La ciudad de Chambery; grabado. — La ciudad de Niza; grabado. — Teatro de la Puerta de San Martín; grabado. — Las obras del puente del Rhin; grabado. — Concurso general y nacional de agricultura en París; grabados. — Dominación española en Italia. — Revista de la moda. — El gran jubileo de Chaumont; grabado. — Cabeza de Cristo ejecutada por P. Puget; grabado.

El congreso de Baden.

Se supone que el punto de partida del congreso de reyes que acaba de reunirse en Baden, es la visita hecha en Lyon por el emperador á la emperatriz viuda de Rusia. Una vez decidida en principio la entrevista entre el emperador y el príncipe regente, este último habría insistido en que invitaran á ella á los demás soberanos de la Alemania. Esta política prusiana es á un tiempo hábil y prudente. Consagra el predominio definitivo de la Prusia en Alemania, si el hecho de Baden tiene resultados ventajosos, y si por el contrario no condujera á nada, entonces la responsabilidad repartida entre todos los miembros del congreso no podría comprometer á nadie.

Once príncipes, toda la Alemania menos el Austria, se reunieron en Baden. Eran el gran duque de Baden, el emperador Napoleón, el príncipe regente de Prusia, el rey de Wurtemberg, el rey de Baviera, el rey de Sajonia, el rey de Hanover, el gran duque de Hesse, el gran duque de Sajonia-Weimar, el gran duque de Sajonia-Coburgo y el duque de Nassau.

S. A. R. el gran duque de Baden ha hecho los honores á todos estos reyes. El 12 de junio habían llegado el rey y la reina de Baviera; el 14 el príncipe de Prusia; el 15 el rey de Sajonia, el rey de Hanover, el rey de Wurtemberg y los demás príncipes alemanes. El emperador llegaba en la tarde de ese mismo día al desembarcadero de la estación de Baden, donde era recibido en medio de las aclamaciones por el gran duque y la duquesa de Hamilton. Una muchedumbre inmensa se apiñaba cerca de la estación.

El emperador fué á residir á la villa Estefanía, en la avenida de Lichtenthal.

La primera entrevista entre Napoleón III y el príncipe de Prusia tuvo lugar el 15 á las ocho y media de la tarde, y duró mas de una hora. El príncipe de Prusia fué á ver al emperador á la villa Estefanía. — Dos días permaneció el emperador en Baden; el domingo por la noche el tren imperial salía de la ciudad, y S. M. estaba de vuelta en París en la mañana del lunes siguiente.

En cuanto á las consecuencias de esta entrevista, se hallan bien señaladas en estas líneas que tomamos del *Monitor*:

«El rápido viaje que acaba de hacer el emperador tendrá seguramente los mas felices resultados. Se necesitaba nada menos que la espontaneidad de un paso tan significativo para hacer cesar tantos rumores malévolos y tantas apreciaciones falsas como circulaban. En efecto, el emperador yendo á explicar francamente á los soberanos reunidos en Baden cómo su política no se separaría jamás del derecho y de la justicia, ha debido introducir en espíritus tan distinguidos y tan exentos de preocupaciones la convicción que nunca deja de inspirar un sentimiento verdadero lealmente explicado. Por eso ha habido mas que cortesía en las relaciones recíprocas de los miembros de la augusta reunion.»

Inmediatamente despues de la salida del emperador, el príncipe regente de Prusia reunía á los soberanos confederados y les daba gracias por haberse querido unir á él para recibir en comun las seguridades pacíficas del emperador de los franceses. Deseoso de alejar hasta las menores sospechas, declaró que la integridad de la Alemania será siempre objeto de sus preocupaciones, y que no se dejará apartar de esta tarea por las divergencias de los Estados germánicos. Se podían sacar contra la Prusia ciertas inducciones por el aislamiento del Austria; pero adelantándose tambien sobre este punto el príncipe regente, manifestó la satisfacción que le han causado los pasos de la corte de Viena para llegar á un acuerdo con la de Berlín, añadiendo que en cuanto se haya realizado este acuerdo, informará á los príncipes alemanes.

El *Monitor Prusiano* aprecia la entrevista de Baden bajo el mismo punto de vista que el *Monitor francés*: consigna las seguridades pacíficas dadas por el emperador Napoleón á los príncipes alemanes, y haciendo notar la union que ha reinado en esa entrevista entre los príncipes alemanes, ve en ello una garantía de que la política internacional de la Alemania no será extraviada de su camino por los dissentimientos que existen sobre las cuestiones de política interior, y la esperanza de una próxima conciliación entre todos los estados confederados sobre los asuntos interiores de Alemania.

Por su parte la *Gaceta de Carlsruhe* rectifica la versión del discurso atribuida al gran duque de Baden, y dice que este dió su plena y entera adhesión á la política expresada por el príncipe regente de Prusia.

Posteriormente la *Gaceta Nacional* de Berlín ha traído un resumen del discurso pronunciado en Baden por el príncipe regente de Prusia, resumen mas explícito

que conocido hasta ahora. Resulta de ese discurso que los reyes de Baviera y de Wurtemberg fueron los únicos invitados por el príncipe regente á la entrevista que debía tener con el emperador Napoleón, y que los demás soberanos alemanes acudieron á ella espontáneamente. Resulta tambien que el emperador Napoleón habria manifestado el deseo de esta entrevista que debia proporcionarle el medio de tranquilizar á la Alemania contra los pretendidos peligros que se atribuian á la política de la Francia; y resulta, por último, que el príncipe regente habria aceptado la entrevista propuesta en la suposición y bajo la condición de que no se pondría en cuestion bajo ningun concepto la integridad del territorio alemán. El príncipe regente insistió particularmente en que su principal cuidado seria asegurar la integridad de la Alemania, y en que las divergencias que pudieran existir entre su política y la de algunos otros estados confederados no le apartarian de este importante objeto. Al explicarse así, el príncipe regente tomó por testigos á los príncipes alemanes de las seguridades pacíficas repetidamente renovadas por el emperador Napoleón. En cuanto á los intereses interiores de la Alemania, el príncipe regente se expresó en los términos ya sabidos sobre las esperanzas de una próxima inteligencia entre los gabinetes de Viena y de Berlín.

— Dos palabras sobre nuestros dibujos. El de la primera página representa la villa Estefanía en la avenida de Lichtenthal, toda ella llena de casas elegantes. Desde esa avenida se distingue, en medio de un bosque de abetos, el viejo castillo, que es la ruina mas elegante y pintoresca del gran ducado. Ahí el gran duque convidó á almorzar á sus augustos huéspedes, en el salon de Guardias (véase el dibujo pág. 36), que no tiene mas que cuatro paredes, y por techumbre la bóveda del cielo. No hay nada completo en ese salon, pero hay restos de todo: la yedra y el líquen cubren los muros que tienen las hermosas cicatrices del tiempo y de las guerras. En su centro se habia puesto la mesa cargada de flores. Las Majestades y Altezas ocupaban el lado Sur; el del Norte fué destinado á los oficiales dignatarios; los príncipes tenían el sombrero en la cabeza, y las princesas se abriganaban bajo su sombrilla de los indiscretos rayos del sol.

E. T.

Revista Española.

Señales del desestero. — Consideraciones historico-filosóficas sobre este acto de la vida social. — Clases de desestero. — Partida de Tamberlick. — Venida de M. Price y sus caballos. — Premios á los poetas. — Los poemas del señor Cervino y del señor Arnao. — Entrada del señor Rodríguez Rubi en la Academia española. — La filantropía. — El cólera en Málaga. — La función del Corpus suspendida en Granada.

¡Pam, pim, paf! Unos golpes que resuenan á modo de descargas me hacen despertar algunas mañanas sobresaltado, pensando que los moros asoman ya por las puertas de la villa, y aun por las de mi alcoba. Pero no hay que asustarse: son los mozos que sacuden en la calle las alfombras que durante el invierno fueron adornos, ya de aristocráticos salones, ya de modestos gabinetes. ¡Pobres lienzos cubiertos de abigarradas flores! ¿qué delito habeis cometido para que tan sin piedad os apaleen? Vosotros, tan cuidados en invierno; vosotros, sobre cuyo aterciopelado tejido solamente pasaron bolas de charol y botitas de seda; vosotros, que no os hundisteis jamás bajo los clavos del aguador ni la alpargata del esterero, hoy colgados en un caballete sufrís patos por la derecha y por la izquierda en las primeras horas del día, y á presencia de los criados que van á la compra y de las burras de leche que galopan llevando la salud á millares de enfermos. ¡Pobres alfombras! ¿es culpa vuestra que os hayan revelado tantos secretos durante la estación del frío? Si pudiérais hablar, ¡qué de cosas contarais en venganza de tan mal trato! Si vosotras tuviérais el encargo de escribir revistas, ¡cuán curiosas, amenas é instructivas podríais hacerlas! Tú, la esmaltada de tulipanes rojos medio cubiertos por la verdura de las hojas, tú meciste en rápidas vueltas elegantes parejas que bailaban sin pensar mas que en amor y en danzas; tú oíste un centenar de declaraciones amorosas; tú, interesantes coloquios de banqueros que ajustaban operaciones de papel esperando convertirlo en onzas de oro; y discusiones de hombres públicos ávidos solamente por lograr el bien de su patria. ¡Cuántos lujosos vestidos descansaron sobre tí sus extremidades y sus adornos de flocante gasa colgando desde el muelle divan donde se recostaban las niñas que los lucían! Con la historia de ellos pudiera hacerse un libro que aventajara en interés y enredo á las fábulas de Dumas y Soulié. Capítulo primero: de cómo insinuó Fulanita á Citano que le encantaba un corte de tal que habia visto en la calle de Espoz y Mina, cuya posesion la haria feliz; capítulo segundo: de los ingleses que se echó encima Citano para llevar á Fulanita la susodicha tela; capítulo tercero: recompensas de tamaño sacrificio: capítulo cuarto: el marido de Fulanita ve la tela y le gusta; epílogo, y prólogo de la segunda parte: Fulanita encuentra en los escaparates de un joyero una pulsera deliciosa, y habla con entusiasmo de ella á Mengano, que hace algunos días tambien se entusiasma ante los ojos de nuestra heroína. Y seguiria esta segunda parte haciendo variaciones sobre la primera, y dejando tela cortada para la tercera y aun para la cuarta.

Aquella alfombra de seis piés en cuadro pertenece á un gabinete; ¿quereis que os cuente escenas sucedidas *au coin du feu* ó al amor de la lumbre? La otra algo mayor sirvió de adorno al despacho de un abogado: esa os dirá lances de menor cuantía, juicios ejecutivos y casaciones, con otras miserias humanas; y aquella otra mas pequeña que las dos nos describirá mas tarde (pues estuvo en un tocador) nos describirá, digo, lo que es una hermosura antes que los barnices y el arte capilar la hayan adobado para presentarse en público.

Tales consideraciones se ofrecen á la imaginación contemplando las señales del desestero en los primeros días de junio. ¡El desestero! palabra fatal para unos y dulce para otros. El desestero indica una época de revolución doméstica, un día en que las masas, ó sea los criados y los estereros, se enseñorean de toda la casa declarándola en estado de bloqueo. Día fatal para los muebles, que viajan de habitación en habitación, dejándose tal vez algun pedazo en alguna de ellas por recuerdo. El polvo llenando la atmósfera retrata el simoun del desierto: los encargados de coser y descoser las alfombras y esteras, arrastrándose por el suelo, parecen ranas de gran tamaño, y al ruido incesante de la escoba acompañan los bufidos del gato que se asusta al ver interrumpida su soñolienta existencia.

Pero dejando á un lado la parte de cuadros, tratemos filosófica y didácticamente del desestero. Divídese en dos grupos ó secciones: desestero oficial y desestero doméstico ó particular. Al primero pudieran hacerse nuevas subdivisiones importantes; pero no trataré mas que de la que se refiere al objeto de esta disertación. Dígolo, porque en las oficinas no solo se desestera el suelo, sino que á veces suele desestearse el personal, mandando al desvan de los cesantes todos aquellos empleados que por haber envejecido en el servicio no sirven para el paso y estorban al ministro del ramo, que necesita colocar á sus amigos.

Lo que son desesteros domésticos no hay necesidad de decirlo, porque todos los conocemos por experiencia.

El desestero oficial ó de oficinas se espera impacientemente por todos los que pasan seis ó siete horas en un despacho revolviendo papeles. Al fin y al cabo son dos días de vacación, y la holgazanería á nadie sienta mal. Durante el invierno ¡qué de expediciones preparan los desdichados oficinistas para el suspirado día del desestero! El que es aficionado á la caza, apercibe todos los días su escopeta á fin de no estar desprevenido; por las noches sueña con perros y liebres, y rueda tal vez de la cama pensando que se descuelga por un barranco. El pescador no habla á nadie mas que de la caña y el cebo, y el que goza en las frescas auras del campo, piensa hacer excursiones á Valencia, á Toledo, al Escorial y á otra porción de puntos. Pero por lo comun, en llegando el momento se convierten en humo y en ilusiones fugitivas tales proyectos, unas veces porque llueve y no es cosa por tanto de echarse á rodar por esos mundos, exponiéndose á deshacerse como un azucarillo, otras porque sobrevienen ocupaciones urgentes y de importancia. De todos modos el desestero oficial es siempre esperado con impaciencia, y se ve con pena espirar el plazo en que se verifica.

No así el desestero doméstico. El jefe ó cabeza de familia le ve acercarse horrorizado por los gastos que trae al rededor; el literato porque sus libros y papeles bailan una contradanza forzosa, y los criados porque el trabajo se aumenta, lo cual nunca es agradable.

El desestero trae su acompañamiento, como todos los males. La compostura de muebles, la reparación de las esteras del año anterior, que no están en aptitud de servir para el presente, y alguna vez, lo que es peor, una mudanza de casa, todo esto suele venir en pos de aquella época fatal, aumentando el horror de sus episodios.

Pero tratándose de mudanza, ya debe formarse artículo aparte, que es materia que lo requiere. Dejémosla sin embargo para mejor ocasión, que hoy tengo otras cosas de que hablar á mis lectores.

Con la llegada del calor los teatros han cedido su vez al circo de caballos. Tamberlick y la Kennet acabaron sus funciones, y las amazonas y los *ecuyers* de M. Price empiezan las suyas, y el público, que profesa la máxima de que *per troppo variar natura è bella*, aplaude con entusiasmo los gorgoros de los célebres cantantes, y se embelesa luego tambien al ver salir á una ninfa por los aros de papel ó bailar el fandango sobre un caballo en pelo.

El *Trovador* y *Hernani* son las dos óperas que ha cantado Tamberlick en junio, y por cierto que la última, tanto por no estar él en buen estado de voz aquella noche, como por no ser á propósito para los demás cantantes, no llenó completamente los deseos del público. El *Trovador*, en que el recuerdo de Mario estaba tan reciente, daba origen á una multitud de cuestiones entre los espectadores. «Mario, decía uno en los pasillos del teatro, Mario cantaba el *deserto sulla terra* con mas sentimiento; y pues el *miserere*, añadia otro, que comparación tiene este con aquel en la manera de decir el *addio Leonora*; pero en cambio, señores, respondia otro, ¿me negarán Vds. que Tamberlick canta toda la ópera, mientras Mario se reservaba para tres piezas solamente? Y el aria del tercer acto ¿qué tiene Vd. que decir de ella? ¿Ha oído Vd. cantar aquel *allegro di quella pira l'orrendo fuoco* mejor en todos los días de su vida? ¿quién, de todos los tenores que hemos conocido, exclamaba con mas fuego y mas ternura á la vez *io era figlio prima d'amarti*?»

Así se cuestionaba, juzgando cada cual únicamente con arreglo á las impresiones pasadas ó las presentes:

que si hay algunos para quien *cualquiera tiempo pasado fué mejor*, tambien existen otros á los cuales solo place lo nuevo. La verdad del caso es que Tamberlick y Mario son dos mas que excelentes tenores.

El 30 del pasado mayo se verificó la entrega de los premios concedidos por la real Academia española á los poetas que á invitacion de la misma han cantado los triunfos de nuestras armas en Africa. La reina dió la medalla de oro al señor don Joaquin José Cervino, y los diplomas correspondientes al señor don Antonio Arnao, que obtuvo el *accessit*, y á los agraciados con mencion honorífica, que son los señores baron de Andilla, don José María de Somavia (de Sanlúcar de Barrameda), don Antonio Aparici y Guijarro, don Miguel Agustín Príncipe, don Julian Romea y don Raimundo Miguel (de Burgos). Tuvo lugar el acto en el lindo salon del Conservatorio de música y declamacion, y una lucida concurrencia llenaba aquel local, demostrando claramente su aprobacion cuando los señores Vega (don Ventura) y Cañete leyeron en nombre de los autores varios trozos de los poemas agraciados con el premio y el *accessit*.

No me detendré en el exámen de las obras premiadas, porque menester sería para ello un artículo, y yo no cuento mas que con una parte de mi revista para este asunto. Diré sin embargo cuatro palabras sobre las de los señores Cervino y Arnao, que las restantes aun no se han publicado.

El poema del señor Cervino, que lleva por nombre *La nueva guerra púnica ó España en Marruecos*, se distingue por su entonacion épica y sus arranques de lozana imaginacion. Sin ser una crónica en verso, allí aparecen consignados en poéticas formas los altos hechos de nuestros soldados. La descripcion de las huestes que se preparan á la pelea, cosa que no falta en ningun poema, existe en el del señor Cervino, sin que le arredre lo poco sonoro de algunos apellidos de los caudillos, en lo que ha hecho por cierto perfectamente. Sin melindres llama tambien *poncho* al *poncho* y *bayoneta* á la bayoneta, que no por decir la fulgente lanza ó el casco deslumbrador existe mas poesía.

En el poema que examino hay máquina: describen-se el cielo y el infierno con novedad, que no es poco tratándose de pinturas tan agotadas ya por los que han pulsado la lira de lo épico.

Séame permitido copiar algun trozo, que de esta suerte mejor que por mis elogios, comprenderán los lectores del *Correo de Ultramar* el indisputable mérito del poema premiado.

Hé aquí cómo pinta el entusiasmo bélico de España:

No hay recelar, no hay rehuir: soldado
No es quien place á la suerte, mas quien tiene
Fuerza para empuñar la carabina,
Brio para regir troton ligero,
Animo que á proezas determine
Pecho de roca para trance fiero.

Aquí abraza el anciano
Al jóven nieto: su valor pregona;
Y mostrándole antiguas cicatrices,
«Mira, le grita: las gané en Gerona.»

Allí arranca la esteva
El padre enfermo al hijo á quien mas ama,
Diciendo: «véte, que el honor te llama.»
Y esconde en el instante,
Por no verle partir, mustio el semblante.

Por restañar la sangre á los leales
Basga la virgen del Señor y ablanda
Purísimos cendales
Que entretejieron fábricas de Holanda,
Telares de Vivero ó la Coruña
O las volantes ruedas
Que agita en la afanosa Cataluña
Recio el vapor con negras humaredas.

Hé aquí una bellísima descripcion de la misa de difuntos celebrada en el campamento del Serrallo, que fué interrumpida por las hordas marroquíes, descripcion que no tiene nada que envidiar á las de nuestros poetas del siglo de oro.

Bañado con la luz del sol de Oriente,
En la opuesta colina se levanta
Sencillo altar; en medio á dos mecheros,
De redencion la enseña sacrosanta.
A un lado y otro, inmóviles granaderos
Guardan el ara; de respeto tiemblan
Las selvas y los vientos y los hombres.

El venerando del Señor ungido
Preséntase de pronto, revestido
Con negros ornamentos,
E inclinando hasta el suelo la cabeza
El incruento sacrificio empieza.
Ni el murmurar de la fontana fria,
Ni el susurro del céfiro se oía.
¡Bondad de Dios! las rocas do la hiena
Guardaba sus hijuelos,
¡Van á albergar la Majestad serena
Que no cabe en los cielos!
Ya el sacerdote la palabra exhala
Sobre la Hostia purísima; ya sube

El Inefable en sus benditas manos...
— ¡Oh celeste momento! Plega el ala
Atónito el querube;
Los piadosos ejércitos hispanos
Dan al suelo de pronto la rodilla;
Músicas y tambores y cornetas
Rompen en armonías acordadas;
Se humillan las enhiestas bayonetas;
Con llanto de entusiasmo en la megilla
Descubren los valientes
Sus retostadas frentes.
No hay alma que no exclame: ¡oh Dios! mi amigo!
¡Oh Dios! mi hermano! ¡oh Dios! mi camarada!
Tengan ¡oh Dios! descanso en tu morada.
¡Oh Dios de piedad lleno,
Franquéales tu seno!

Muchos mas trozos pudiera copiar no menores en bellezas; pero con los anteriores conocerán perfectamente cuantos lean mi revista que el que ha sabido estampar sobre el papel tan elevados pensamientos, tan bellas imágenes, bien merece el laurel ofrecido por la Academia.

La *campana de Africa* se llama el poema del señor Arnao, que se distingue por la naturalidad con que está escrito y por lo esmerado de su versificacion y su correcto estilo, dotes que siempre resaltan en todos los escritos de este sentido poeta. Vean mis lectores algunas octavas para muestra de lo dicho:

Ya nace el año. — Lucha encarnizada
Su nuevo sol alumbraba en Castillejos:
Vese aquí tropa en lineas ordenada,
Inmensos pelotones allá lejos:
Lanza y fusil, y yatagan y espada
Despiden hoy fatídicos reflejos;
Montes y valles el cañon atruena
Y el humo denso los espacios llena.

Así describe la hazaña del cabo Mur, que arrebató á un moro con la vida el estandarte que llevaba:

¿Quién es aquel, que rayo de la muerte,
Furioso traba singular pelea
Con un alarbe, en cuya mano fuerte
El estandarte musulman ondea?
Es Mur, que en alas de benigna suerte
Alto renombre conquistar desea:
Mur, que al fiero enemigo vence y mata
Y el pendon codiciado le arrebató.

Hablando de la batalla de Guad-el-Ras dice así:

Allá combaten: los pendones veo
Con que se animan á luchar tenaces.
De sangre tinto, en funeral trofeo,
Brotó laurel de campos tan feraces.
Ayes sentir de moribundos creo;
¿Cuál vencerá de las contrarias haces?
Mezclados van cristianos con infieles,
Pardos ponchos y blancos alquiceles.

La real Academia española ha recibido en su seno al conocido escritor dramático don Tomás Rodríguez Rubí; el discurso del autor de *La rueda de la fortuna* y *Bandera negra* tuvo por objeto el teatro, exponiendo su influencia y las causas que influyen en sus adelantamientos ó decadencia. Contestóle á nombre de la corporacion el señor don Antonio Ferrer del Rio, y una lucida concurrencia aumentó la solemnidad del acto.

Siguiendo la costumbre de dar á mis lectores una leccion mensual de VIRTUDES SOCIALES, voy á tratar de una muy importante que es la quinta, y se titula:

LA FILANTROPIA.

A tí, invencion de los hombres,
En este siglo nacida,
A tí en mi romance canto,
Hermosa filantropía.

Miseres tiempos aquellos
En que no te conocian,
Y la caridad humilde
Era virtud favorita.

Pero murió: las virtudes
Tambien se vuelven ceniza,
Y la gran beneficencia
Se quedó á sustituirla.

Virtud era ya mas culta
Esta, y del siglo mas digna,
Y estuvo en moda algun tiempo,
Pero al verte huyó de envidia.

Dulce es tender una mano
Al que gime en la desdicha;
Pero mas dulce es aun
Que se publique y se imprima.

Filantropía, eso es tuyo:
Tú, de las luces amiga,
Quieres publicar virtudes,
Ya que todo se publica.

¡Oh cuántos dieran alegres
Hasta la última camisa
Por ver circular impreso

Su nombre en las gacetillas!
¡Cuántas y cuántas personas
Se hicieran caritativas,
Si publicasen los pobres
De bienhechores las listas!
Y ¡ay! si el hambriento debiera
Esperar virtudes ínclitas
Bajo secreto y á oscuras
En ignorada guardilla.

Mas tú, virtud siempre hermosa,
Eres en ingenio rica,
Y con miles de invenciones
La suerte del pobre alivias.
Que tuyas son y muy tuyas
Las suscripciones, las rifas,
Los beneficios teatrales
Y las funciones taurinas.

¡Qué hermoso es ver á tu influjo
Unirse dos mil familias,
Y ser colaboradoras
De limosna en comandita!

¡Qué hermoso es ver cómo acuden
Los mortales como hormigas
Con duros, telas, garbanzos,
Pan, vestidos, trapos, hilas!

Por tí ¡qué gusto! un torero
Expone gratis su vida,
Y un actor trabaja gratis
Y gratis la orquesta chifla.

Y no se encuentran billetes
Un mes antes de aquel día
Con su precio y sobrepeso,
Y algo de limosna encima;

Y alza á las nubes la prensa
De Madrid y las provincias,
Llamándolos filantrópicos
Al público y los artistas.

Y en el *Diario* despues
Oficialmente se avisa
Que don Tal llevó tres palcos
Y don Cual seis galerías.

¡Pues las rifas bienhechoras!
¡Oh qué placer! ¡qué delicia
Ver cuál acude solícito
Tanto benéfico quidam!

Beneficiando á los otros,
El en su suerte confia,
Y juega, como pudiera
Jugar al monte ó la brisca.

¡Cuánto jóven las iglesias
El juéves santo visita,
Y echa á las damas que piden
Napoleones y risas!

¡Qué filantrópicos! ¡mucho!
En perfumada esquelita
Como multa le impusieron
Esas monedas que tira.

Asi la elegante dama
Su caridad ejercita,
Y socorre la miseria
Con fruto de socaías.

Y ella se luce pidiendo
Donde la ven y la admiran,
Y él dando en público aquello
Que en secreto no daría.

¡Dichoso mil y mil veces
El hombre que necesita
Para socorrer al prójimo
Que circule la noticia!

Caridad habrá sin esto,
Pero es cosa muy sabida
Que si no hay publicidad
No existe filantropía.

De las funciones del Corpus y las verbenas nada nuevo puedo contar á mis lectores: los madrileños vieron la procesion de costumbre sin miedo al calor, y en las alegres funciones de San Antonio, San Juan y San Pedro las gentes de buen humor corrieron y bromearon por las calles llenas de entusiasmo.

Pero no en todas partes reina la misma alegría: en Málaga durante todo el mes el cólera ha hecho no pocas víctimas, y con la vecindad de tan terrible huésped las demás poblaciones de la poética Andalucía han perdido gran parte de su animacion. Granada que celebra con lujoso aparato la festividad del Corpus, visitando sus calles de flores y ramaje y adornándolas con improvisadas fuentes de cristalinas aguas, este año se ha visto privada de aquellos regocijos, y de la multitud de forasteros que con tal motivo acuden de las poblaciones inmediatas; todo por justo temor á la epidemia asiática.

Afortunadamente parece que en los últimos dias ha cedido bastante en Málaga. ¡Quiera Dios que el mes próximo pueda anunciar á mis lectores que ninguna poblacion de España padece tan terrible azote!

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA;

Madrid 30 de junio de 1860.



ALMUERZO DE LOS SOBERANOS EN EL SALON DE GUARDIAS DEL CASTILLO VIEJO DE BADEN.



LA CATEDRAL DE PALERMO.



EL ESTANQUE GRANDE DEL PALACIO DE FONTAINEBLEAU DURANTE LA RESIDENCIA DE LA CORTE.

AUG. ANASTASI

Revista de Paris.

Estamos en medio del verano, un verano muy singular por cierto, pues tenemos el termómetro á catorce ó quince grados; pero en fin, estamos en verano, y los parisienses de gran tono han abandonado ya la capital huyendo de unos calores que son en la actualidad puramente imaginarios. Las noches son tan frescas, que hay algunas en que el concierto Mussard se halla sin gente. Es todo lo que se puede decir, en atención á la boga creciente que merecen al público estas soirées musicales. El extranjero que llegue en el día á Paris y quiera asistir á la reunion mas elegante de la capital, no tiene mas que dirigirse al bonito pabellon de los Campos Eliseos, donde una orquesta de profesores toca escogidas piezas de los maestros mas acreditados de todos los países. En torno de este pabellon se agrupan y se pasean las principales celebridades que se encuentran en la capital; la aristocracia francesa, la diplomacia, la alta banca, la literatura, las artes, tienen allí representantes selectos. En cuanto á la concurrencia femenina es toda de gran tono; la administracion tiene un cuidado particular en cerrar la entrada del concierto á todas las damas del mundo equivoco que son la plaga de los espectáculos parisienses. Los caballeros se presentan con frac y corbata blanca.

Tenemos que señalar á nuestros lectores un rasgo de caridad que fué principio de una aventura novelesca, aunque muy sencilla.

En el mes último, durante los pocos dias de calor que hemos tenido en Paris este verano, un modesto empleado en una administracion de ferro-carriles habia salido de su oficina á la hora del almuerzo, cuando al llegar á una plazuela cerca de su casa, vió el paso obstruido por una porcion de gente: era que un caballo que tiraba de una carreta se acababa de resbalar, y se habia estropeado.

El mozo que guiaba el carro estaba en el colmo de la desesperacion.

— ¡Dios mio! exclamaba; todos los infortunios caen sobre nosotros. Mi ama ha perdido estos últimos dias á su pobre marido á quien ha tenido enfermo tres años, lo que la ha costado todo lo que poseia, y ahora este pobre animal, indispensable para su comercio de hortalizas, está perdido.... No; jamás me atreveré á decirselo.

Habia en el dolor del pobre mozo un acento tan sincero y patético, que en un instante muchos de los que presenciaban esta escena conmovedora, sin consultarse, dejándose llevar por sus impulsos generosos, arrojaron al sombrero del mozo que estaba en el suelo cada cual una modesta ofrenda.

En aquel mismo instante una mujer jóven aun, vestida de negro y pobremente, salió de una de las casas de la plazuela; la dulzura de su fisonomía, la palidez de su rostro, hacian mas interesante el conjunto de un semblante que habria sido hermosísimo sin la alteracion que en él producía un sufrimiento evidente.

Esta jóven que era alta, esbelta y delicada, se deslizo tímidamente por en medio de aquella muchedumbre, y acercándose al jóven carretero, le puso en la mano un objeto de poco bulto, y en seguida se volvió á su casa.

Antes que el mozo hubiera examinado lo que acababa de recibir, ella se habia sustraído á las miradas de la gente.

El carretero despues de dar las gracias á las personas que le rodeaban, abrió el papel de la jóven vestida de luto y descubrió un reloj de plata.

— Señores, dijo entonces el mozo cortando las correas que sujetaban al pobre animal que no podía moverse, su confianza de Vds. me honra y la merezco; todo esto será entregado á mi ama, la viuda R., que vive en el boulevard Montparnasse.

Poco á poco la gente se marchó; un veterinario se encargó de recoger el caballo, y entraron el carro en una cochera.

El empleado que habia observado todo lo ocurrido, se alejó tambien de la escena con cierto sentimiento: habia como una fuerza magnética que le tenia clavado en aquel sitio.

Sin embargo, no se fué sin echar una ojeada á la casa de donde habia salido la jóven caritativa vestida de negro.

La historia de aquel reloj regalado en semejante ocasion le parecía ocultaba un misterio de abnegacion y de caridad impenetrable á los indiferentes, pero que su imaginacion se empeñaba en adivinar á toda costa.

Pocos dias despues estaba en el boulevard Montparnasse en casa de la viuda, la vendedora de hortalizas.

— Perdona Vd. una indiscrecion, la dijo, que me induce á cometer un interés muy legitimo.

Y entonces la contó como habia sido testigo de la caída de su caballo, que con efecto habia causado la pérdida del animal; y al ver el aire de franqueza de la pobre viuda, la hizo los ofrecimientos que su humilde posicion le permitía.

La tendera dió las mas expresivas gracias al empleado, y aunque no quiso aprovechar sus ofertas, comprendiendo el sentimiento que las habia dictado, le cobró amistad y le hizo la relacion de sus infortunios.

Ya en este terreno, el empleado pudo hablar naturalmente del reloj de plata.

— ¡Ay! exclamó la viuda; si Vd. lo desea le contaré la historia de ese reloj, historia que me ha llegado al alma.

— La oiré con gusto, repuso el empleado.

— Yo habria querido, dijo la viuda, restituir el dinero á las personas caritativas que quisieron socorrerme en aquella desgracia, porque nunca he tomado nada de nadie; pero siendo imposible esa restitucion, pues la limosna que recibí mi criado fué hecha por personas desconocidas, al menos podía devolver el reloj, y despues de haber tomado informes, me dirigí con este fin á casa de su dueña.

— ¿No vive aquí, pregunté al portero, una señora de unos treinta años, alta y que viste de luto?

El portero reflexionó un instante.

— ¿De aire tímido? añadió.

— Sí, señor; esa misma.

— Es Agustina, una infeliz que acaba de perder á su madre. La pobre la ha mantenido largo tiempo copiando música.... oficio bien triste y que apenas la deja para vivir....

— ¿No tiene padre?

— ¡Oh! No; hace años que ha muerto; era un grabador, hombre honrado si los hay, pero que no dejó á su familia ninguna fortuna.

— Estas pocas palabras del portero, continuó la tendera, aumentaron á mis ojos el mérito de la generosa accion de Agustina y mi gratitud hacia ella.

Subí rápidamente al sexto piso; hallé un corredor estrecho, oscuro, y en su fondo una puerta á la que llamé con tiento.

— ¡Adelante! me dijo una voz suavísima.

Abí la puerta al propio tiempo que la persona que habitaba esta guardilla se levantaba para ofrecerme la única silla que habia en aquella triste habitacion. Su cama, que apenas dejaba puesto á la mesa donde tenía extendidos sus papeles de música, la silla, la mesa, el suelo, todo rebosaba limpieza.

— Señorita, la dije despues de saludarla, ¿reconoce usted esto?

Y saqué de mi bolsillo el reloj de plata.

Agustina lanzó un grito; creí que se iba á desmayar; gruesas lágrimas cayeron de sus ojos.

— ¡El reloj de mi madre! exclamó; y tomándole con una especie de respeto le cubrió de besos.

— ¡Ay señora! añadió; he dado hace algunos dias este reloj, porque era el único medio que tenia de socorrer á un desgraciado... no poseia nada... absolutamente nada en aquel instante... cedí al impulso de mi corazon; pero al dia siguiente por rescatar esta prenda, habria ofrecido un mes de mi trabajo.

— Mucho la honra á Vd. esta confesion; la persona á quien Vd. ha querido favorecer no es una ingrata... esa persona soy yo, que victima tambien de la desgracia, sé comprender su generosidad... Tome Vd. su reloj, un recuerdo de familia... ¡oh! una prenda así no tiene precio... es el tesoro del pobre... tómelo Vd., se lo suplico; no por eso quedará menos agradecida.

Agustina me miró un instante como si hubiese temido ver desvanecida su esperanza, y luego sonrojándose y rodeando mi cuello con sus brazos, exclamó:

— Gracias, gracias; no sabe Vd. lo que hace... ¡me libra Vd. de un remordimiento eterno!

Al ver lo mucho que Agustina estimaba su reloj, puede usted juzgar lo que me alegré haber podido devolvérselo. Pasamos juntas una parte del dia, y despues de haber desahogado nuestros corazones con confidencias mutuas, nos separamos quedando buenas amigas.»

El empleado habia escuchado con religioso silencio toda la relacion de la buena tendera, y mas de una vez se habia vuelto para ocultar una lágrima.

Sin embargo, la historia no le habia sorprendido; pues habia adivinado la mitad de ella el mismo dia del hecho.

Nuestro hombre se volvió á su casa atormentado por mil ideas nuevas; su habitacion le pareció aquel dia demasiado grande para él solo, y por la primera vez en su vida le pesó su aislamiento.

Es de advertir que habia llegado soltero á los cuarenta años, pues habia temido siempre encontrar una de esas naturalezas vulgares que hacen la desgracia del hombre de sentimientos delicados.

Además, en su estrecha medianía solo podía ofrecer á su mujer una posicion demasiado modesta.

No obstante abrió su corazon á la excelente viuda, la habló de Agustina, y gracias á su benévola intervencion, pudo apreciar en breve los tesoros de nobleza y ternura que se encerraban en el corazon de la pobre solitaria.

La humildad de la posicion del empleado lejos de espantarla, la pareció una suerte brillante en comparacion de aquella que la muerte de su madre la habia deparado.

El casamiento se realizó dos semanas despues; — y esa es la historia.

Una anécdota sobre el héroe del dia. — En las Memorias de Garibaldi publicadas en el diario parisiense el *Siècle* por Alejandro Dumas, se leen estos párrafos:

«Llegué á Marsella sin accidente veinte dias despues de haber salido de Génova. Me engaño: un accidente me ocurrió que leí en el *Pueblo soberano*; estaba condenado á la última pena.

«Era la primera vez que tenia el honor de ver mi nombre impreso en los periódicos; y como desde entonces fuera peligroso llamarme así, me puse el nombre de Pane.

«Pasé algunos dias desocupado en Marsella aprovechando la hospitalidad que me daba uno de mis amigos llamado José Paris; por fin pude emplearme como segundo á bordo de la *Union*, capitán Gazan.

«El domingo siguiente hallándome á eso de las cinco de la tarde sobre cubierta con el capitán, seguia yo con los ojos mas abajo del muelle de Santa Ana á un colegial que se divertía en saltar de una barca á otra, cuando de repente se escurre, lanza un grito y cae á la mar.

«Yo llevaba mis mejores ropas; pero á la vista de la desgracia y á los gritos que daba el muchacho, me arrojé al agua del puerto vestido y con botas. Dos veces me sumergí en vano; á la tercera tuve la suerte de coger al colegial por debajo del brazo y de sacarle á la superficie del agua.

«Una vez allí, no me costó gran trabajo empujarle hasta el muelle; un inmenso gentío se habia reunido ya, que me saludó con aplausos frenéticos.

«Era un jóven de catorce años que se llamaba José Rambaud. Las lágrimas de alegría y las bendiciones de su madre me recompensaron del baño que acababa de tomar.

«Como yo le salvé la vida cuando me llamaba José Pane, es muy probable que, si existe aun, no habrá sabido nunca el verdadero nombre del que le asistió en aquel peligro.»

Pocos dias despues de publicada esta narracion, el *Siècle* insertaba una carta concebida en estos términos:

«Señor redactor: Al leer las *Memorias del general Garibaldi* que publica en vuestro apreciable periódico M. Alejandro Dumas, veo con una gran emocion, en el número del 8 del corriente, que bajo el nombre de José Pane el general Garibaldi salvó en Marsella en 1833 á un jóven colegial que se ahogaba. Creeria faltar á un deber esencial si no declarase hoy públicamente cuánto me felicito de conocer el verdadero nombre de aquel á quien debo la vida.

«Os suplico, señor redactor, tengais á bien insertar esta carta en el próximo número, á lo que le quedará agradecido — J. RAMBAUD.»

Siguen las señas de su casa, 9, calle de l'Ecluse en Batignolles.

Concluiremos con una noticia fúnebre.

Ha muerto el 8 del actual en Paris el célebre pianista Gorria, aquel artista-escritor que recibido en Madrid con todas las atenciones imaginables, tuvo por conveniente corresponder á tantos agasajos juzgando á nuestro país del modo que dijimos á nuestros lectores.

Sabemos por varios de sus amigos, entre ellos por M. Hertz, que Gorria ha deplorado mas que nadie la imprudente publicidad que se dió á su carta en el *Figaro*; que desde que volvió de España no ha cesado un instante de estar atormentado con la idea de que se habia portado mas que indecorosamente con los españoles, y que en el delirio de sus últimos momentos recordaba todas las escenas á que dió lugar su malhadada carta estando él en Madrid.

Consignamos aquí esta expresion de su arrepentimiento sin insistir mas en lo pasado.

MARIANO URRABIETA.

Memorias.

(A UNA AMIGA.)

Quando yo era niño habláronme un dia De un suelo poblado, distante del mar, Tendido en la falda de doble eminencia, Bastion allí puesto por la Proidencia Para del viajero la ruta guiar.

La pampa riñueña le forma horizonte; — Así me decian — la luz de su sol Tan limpia es y suave cual la de la aurora, El ave en sus bosques mas canta que llora, El trueno allí calla, no ruge el turbion.

Vecina se siente catarata inmensa Lanzando sus aguas en curva inmortal Que arrebola el iris variado y fulgente, Que turba, enajena y abisma la mente, Imágen grandiosa de la eternidad.

¿No es este un ensueño? — me dije á mí mismo — ¿Mi madre no dice que el Eden pasó? ¿Cuál es el camino que allá nos conduce? ¿La estrella del polo sobre él no reluce? — Espera unos años, — me dijo otra voz.

Pasaron los años, y el Andes subiendo Hallé una planicie y en ella un eden Cefido por mares de espigas y flores, Do en vez de huracanes murmuran rumores, Do en vez de las olas está la mujer.

En medio al diorama de tanta belleza Brillaba tu frente cual Sirio al zenit. — ¡La frente!; diadema del ser que en Dios vive, Libro misterioso donde Aquel escribe Con fúlgidas cifras nuestro porvenir!

Despues de haber visto tu egregia corona Y de haber leído tu destino allí, En vano tus ojos cual astros gemelos Lanzaron sus rayos que van á los cielos, Absorto en tu númen tus ojos no ví.

¿Qué valen las gracias externas si el tiempo Todo lo quebranta con su férrea hoz? Pero no la esencia, que esta él no la hiere Porque invulnerable jamás ella muere Por ser un destello de la luz de Dios.

Mas tarde, mas tarde, de nuevo te miro, Mas hombre que vate, mas ser que pintor, Tu genio me encanta, mas hora suspiro Al pié de tus ojos, al ¡ay! de tu voz.

¿Será que he ganado? ¿Será que he perdido? Tal vez ya caduco; tal vez mi laud Las olas del siglo sobre él ha sentido Y ensaya otros trinos hastiado de luz.

Estás en la era quizá mas hermosa Que alcanza en sus dias aquí la mujer, Era en que la ciencia del mundo dudosa Ya exhibe en reieves, ya apaga la fe.

Otoño del alma do en cambio de flores El árbol nos muestra la fruta en sazón Que ofrece á los ojos mas firmes colores, Que brinda á los labios mas dulce sabor.

Los rizos dorados oscuros se tornan, Tal vez por la sombra que engendra el pesar;

Lirios y jazmines el seno no adornan,
Pero el sentimiento lo embellece aun mas.

Edad de peligros, porque al medio dia
Las faces del mundo mas claras se ven;
Y sin ilusiones, la melancolia
Catacumbas abre bajo nuestro pié.
¡Oh! ¡cuán diferentes hallamos las cosas
Que niños miramos de lejos brillar!
¡Cargados de orugas claveles y rosas,
Opaca la luna, la gloria falaz!

La cúpula inmensa que cielo creimos
Despues comprendemos que es una ilusion,
Y que deliramos cuando en ella vimos
La pálida sombra del manto de Dios.

¡Oh! ¡cómo las causas se tornan efectos!
¡Cómo el sacrificio se ve vanidad,
Y las perfecciones horribles defectos
Al ver los motivos y el fin á que van!

Creemos ser grandes y somos pigmeos,
No hay fuente que apague del alma la sed,
Mueren y renacen sin fin los deseos,
El mal encontramos do vimos el bien.

Sabios é ignorantes, pobres y opulentos,
Todos obedecen á una ley igual,
Los unos saciados, los otros hambrientos,
Los unos de ciencia, los otros de pan.

La escala es inmensa, variada, infinita,
Asi de los goces como del dolor,
Y sobre sus gradas el hombre se agita
Subiendo y bajando de un ensueño en pos.

Tal vez si algun dia tu pasion sintiera
Mi anhelo vehemente tocara á su fin,
Y el altar que te alzo cenizas se hiciera
Desde que intentaras descender de allí.

— ¡Ah! ¡tú no me amas! — ¡Oh yo si te amo!
Pero de mi mente siervo humilde soy,
Y sobre las hojas del papel derramo
Lo que ella me dicta, muerte ó redencion.

Hoy quieres ser algo, ser mucho mañana,
Y en seguida todo ¡oh loca ambicion!
Lo que mas persigues es arcilla vana,
Cuando ya tu brazo fácil lo encontré.

Tal es el destino que al mortal dirige,
Que hoy es un espectro lo que ayer querub;
Es ley inflexible que á todos nos rige,
Un abismo eterno de sombras y luz.

¡Qué canto tan vago! — dirás — ¡oh señora!
¿Quién logró del alma los jugos sacar?
¿Qué artista fielmente modela y colora
El ansia del pecho, que es la inmensidad?

¡Oh sueños! ¡oh nieblas! ¡oh sombras inmensas!
¿Qué voz las pudiera decir ó cantar?
Y eso es lo que bulle del hombre en el seno;
Dudas y esperanzas, salud y veneno,
Misterios profundos de bien y de mal.
El canto es apenas informe lamento
De aquellos combates un rumor fugaz,
Perfil oscilante de un cuadro sombrío,
Un eco lejano del Bóreas bravío,
Un grano de arena del fondo de un mar.

ANÓNIMO.

(Confederación granadina.)

CUENTOS FANTÁSTICOS

ESCRITOS EN ALEMÁN

POR ERCKANN CHATRIAN.

LOS DESPOSADOS DE GRINDERWALD.

Cuando todas las pasiones del hombre se han acabado,
cuando se han concluido las ilusiones de la gloria y de
la fortuna, entonces se declara en el corazón una pa-
sion extraña, misteriosa, de goces infinitos: la afición á
la pesca con caña.

¡Ay, queridos amigos! No conocéis la felicidad de se-
guir el movimiento del corcho sobre el agua, de diri-
girle con destreza á la orilla de la espuma en remolino,
ó por debajo de los frondosos sauces, entre las rocas cu-
biertas de musgo donde se emboscan la trucha y el
salmon. No podéis imaginaros la emocion del pescador
cuando ve que el corcho se desliza bajo la onda azulada,
cuando siente al pez clavado en el anzuelo, y vigorosa-
mente le lanza por los aires sobre la arena saltando y
reluciendo al sol.... No; no podéis figuraros un placer
semejante.

El mejor pescador de este género que he conocido yo
es Zacarias Sciler, ex-juez del tribunal de Stautz en
Suiza, y miembro varias veces del gran consejo reunido
en Lucerna.

Despues de haber dormitado durante veinte y cinco ó
treinta años á los clamores de los jurisconsultos del
pueblo, el buen Zacarias habia pedido gracia y disfru-
taba de su retiro en la calle de Kusnacht, cerca de la
puerta de Alemania bajo la direccion de Teresa, su ama
de llaves, solterona, vieja y devota, con la nariz en

forma de pico de loro y un ligero bigote ya cano.

Estos dos seres pacíficos, llenos de indulgencia el uno
para el otro, respetaban sus manías recíprocas; Teresa
cuidaba mucho á su amo; planchaba sus camisas, re-
novaba su provision de tabaco encerrado en un pote
que humedecía de tiempo en tiempo; y luego quedaba
en libertad de pensar en sus pájaros y de cumplir con
sus deberes religiosos.

Zacarias llegaba á los sesenta; gastaba peluca y no
tenia mas distraccion que la de cuidar algunas flores.

La primera vez que tuvo la idea de ir á pescar y se
surtió de todos los enseres necesarios para la pesca, con
mas un sombrero de paja de alas anchas, fué aquello
un asunto de estado. Durante quince dias Teresa no
supo dónde colocar estos nuevos objetos; murmuró, y
hubo de confesarse aquel mes un par de veces mas que
de costumbre... luego, todo volvió á la rutina.

Únicamente cuando Zacarias quería pescar, el buen
hombre que deploraba el primero su flaqueza, contem-
plaba el cielo con ojos melancólicos y decia:

— ¡Qué hermosa mañana, Teresa!... ¡No lloverá de
aquí á mucho tiempo!

Teresa le dejaba esperar un instante, y luego poniendo
á un lado su devocionario ó su calceta, iba á buscar la
bolsa de pescar y el sombrero de Zacarias, cuyo rostro
se animaba entonces.

— ¡Buena idea! Teresa, voy á pescar; exclamaba el
anciano rebosando de gozo.

— Sí, pero volveréis antes de las siete, porque las no-
ches están frescas.

— ¿Qué importa? Hace dos meses que ya no toso....
¿Habeis puesto un mendrugo de pan y mi botellita en
la bolsa?

— No tengais cuidado; ¿acaso olvido jamás alguna
cosa?

Y un instante despues, Zacarias con la caña al hom-
bro bajaba la escalera.

Teresa desde la ventana le miraba alejarse hasta que
habia pasado la puerta de Alemania; y entonces se vol-
via á sentar con mucha gravedad, y proseguia su in-
terrupta tarea.

Zacarias iba pensando por el camino:

— Teresa preferiria verme en casa... pero hace un
tiempo tan bueno... ¡Qué placer, respirar el aire li-
bre!... Zacarias, no sientes el peso de tus piernas.

Y alargaba el paso en el senderillo que atraviesa las
altas yerbas de los glacia. Parecía ya ver el rio... los
árboles le daban sombra... respiraba el penetrante olor
del musgo, la yedra y la resina de los abetos.... oía el
murmullo lejano de las aguas, y el ruido de los manan-
tales saltando entre las peñas.

Una hora despues su sueño era una realidad.... y
¡cosa rara! una realidad mas completa que el mismo
sueño!

Y esto consiste en que la naturaleza de los grandes
bosques, con sus espesuras, sus puntos luminosos, sus
torrentes encajonados en las gargantas, y sus inmensas
perspectivas en los desiertos valles.... con sus mugidos
sonoros, los cantos de sus pájaros diferentes á cada hora
del día... todo esto es superior á cuanto puede imaginar
el hombre: siempre es nuevo... hoy y ayer no se pa-
recen... el sublime Artista no descansa nunca.

Un dia del mes de julio de 1845, la bolsa de pescar de
Zacarias se encontró tan llena de truchas á las tres de
la tarde, que el buen hombre no quiso pescar mas. Des-
pues de haberlas lavado en la fuente próxima, y de ha-
berlas envuelto cuidadosamente en hojas de acederas
de los prados y de ortigas para conservarlas su frescu-
ra; despues de haber recogido sus utensilios y de ha-
berse lavado las manos, sintió el deseo de dormir un
rato á la sombra. El calor era excesivo y queria espe-
rar algun tiempo para subir la cuesta de Bigelberg.

Habiendo pues despachado su mendrugo y bebido
un trago de Rikevir, se extendió á la sombra de los
abetos sobre la yerba, con los ojos cargados de sueño.

Nunca el anciano juez habia tenido tales ganas de
dormir; el ardor del sol, que enviaba sus largas flechas
de oro por entre el ramaje de la selva y el inmenso
murmullo de los insectos sobre la cuesta, en los prados
y en las aguas, formaban una armonía tan completa,
que el alma de Zacarias parecia introducirse en ese con-
cierto universal... Bostezó.... entreabrió los ojos.... vió
una bandada de grajos atravesar la enramada.... y
luego dando media vuelta, exhaló un suspiro y creyó
ver el corcho de su caña sumergirse en el rio... un sal-
mon estaba en el anzuelo... él tiraba... la caña formaba
un semicírculo... El buen hombre dormia profunda-
mente... soñaba... y la inmensa orquesta proseguia en
su derredor su eterna música... ¡y pasaba el tiempo!

Millones de seres animados habian vivido su larga
vida de una hora cuando el juez se despertó al silbido
de un pájaro que no conocia.

Se sentó para ver, y ¡oh sorpresa! El susodicho pá-
jaro era una jóven de diez y siete años, fresca, con las
megillas sonrosadas, los labios como cerezas, el cabello
castaño trenzado y caído, una basquiña corta de color
de amapola, y un corpiño muy justo... Era una jóven
aldeana que bajaba á paso largo el arenoso sendero del
Bigelberg con un cesto en equilibrio sobre la cabeza y
el brazo redondo y torneado, aunque un poco curtido,
graciosamente encorvado sobre la cadera.

¡Qué bonito pájaro!... ¡qué bien silbaba!... ¡Y qué
gusto daba ver su linda barba redonda como un melo-
coton!...

Zacarias se sintió conmovido.... una oleada de fesa
sangre ardorosa que hace latir el corazón á veinte años
corrió por sus venas.... se sonrojó, y levantándose
dijo:

— ¡Buenos dias, hermosa niña!

La jóven se detuvo, abrió sus grandes ojos... le reco-
noció... (¿quién no conocia en la comarca al buen juez
Zacarias?) y prorumpió diciendo:

— ¡Cómo! El señor Zacarias Sciler!

El anciano bajó el sendero... quiso hablar... pero no
hizo mas que balbucear algunas palabras ininteligibles,
como un mozalvete... tanto que la jóven se cortó un
poco.

Por fin la dijo:

— ¿Y adónde vais por los bosques á estas horas, mi
querida niña?

La jóven extendió el brazo á lo lejos hácia el fondo
del valle, señalando una casita vecina.

— Vuelvo á casa de mi padre, respondió, el guarda
Yeri Foerster, á quien sin duda conocéis.

— ¿Sois la hija del buen Yeri?... Vaya si le cono-
co... un hombre excelente... Entonces estoy hablando
con aquella Carlota de quien siempre me decia alguna
cosa cuando me traia sus partes.

— Si, señor juez... vengo del pueblo y voy á casa.

— Llevais un hermoso ramillete de fresas, dijo el an-
ciano.

La jóven se quitó el ramillete del cinturon y se le
presentó diciéndole:

— Tomadle si os gusta.

Zacarias se estremeció.

— Pues sí, acepto... y os acompaño.... quiero ver á
vuestro padre... Va debe hacerse un poco viejo.

— Poco mas ó menos tendrá vuestra edad, señor juez,
dijo Carlota muy sencillamente... de cincuenta á sesenta
años.

Esta respuesta tan natural entristeció al anciano, que
echó á andar muy pensativo.

¿Qué pensaba? Nadie lo sabe... pero ¡cuántas....
cuántas veces ha sucedido que un hombre de bien que
se imaginaba haber llenado siempre todos sus deberes,
ha concluido por descubrir que habia descuidado el
mas grande, el mas santo, el mas bello de todos, el de
amar!... ¡Y cuán penoso es pensar en esto demasiado
tarde!

En breve Zacarias y Carlota llegaron al recodo del
valle donde el sendero tiene un puente de madera que
conduce á la casa rústica. De lejos distinguieron á Yeri
Foerster con su ancho fieltro adornado con una ramita
de retama, la mirada serena, las megillas tostadas y el
pelo cano, sentado en el banco de piedra cerca de la
puerta; dos hermosos perros de caza estaban tendidos á
sus piés, y el emparrado subia á su espalda hasta lo alto
de su vivienda.

La sombra bajaba entonces del Romelstein por en-
frente, y el sol en el ocaso extendia su franja de púr-
pura entre los altos abetos del Alpnach.

El viejo guarda, con sus ojos penetrantes como los
del águila, habia reconocido de lejos á Zacarias y á su
hija, y saliendo á su encuentro, se descubrió y dijo con
el aire franco y cordial del montañés:

— Buenos dias, señor juez; ¿qué feliz circunstancia
me vale el honor de vuestra visita?

— Señor Yeri, respondió Zacarias, se me ha pasado
el tiempo en la montaña; ¿no tendriais un rincon des-
ocupado en vuestra mesa y una cama á la disposicion
de vuestros amigos?

— ¡Cómo! exclamó el guarda; aun cuando no hu-
biera mas que un lecho en la casa ¿no sería para el
mejor y el mas honrado de nuestros antiguos magistra-
dos de Stautz? ¡Ah! Señor Sciler, ¡qué honor haceis á
la humilde morada de Yeri Foerster!

Y subiendo las seis gradas de la escalera, añadió gri-
tando:

— ¡Cristina!... ¡Cristina!... baja á la bodega... el se-
ñor juez Zacarias Sciler nos hace el favor de descansar
en casa.

Entonces una buena anciana pequeñita, con el rostro
arrugado como una hoja de viña, pero risueña y fresca
aun, apareció en el umbral, y repuso al punto:

— ¡Dios mio!... ¿es posible?... ¿El señor juez?...

Y al instante bajó á la bodega.

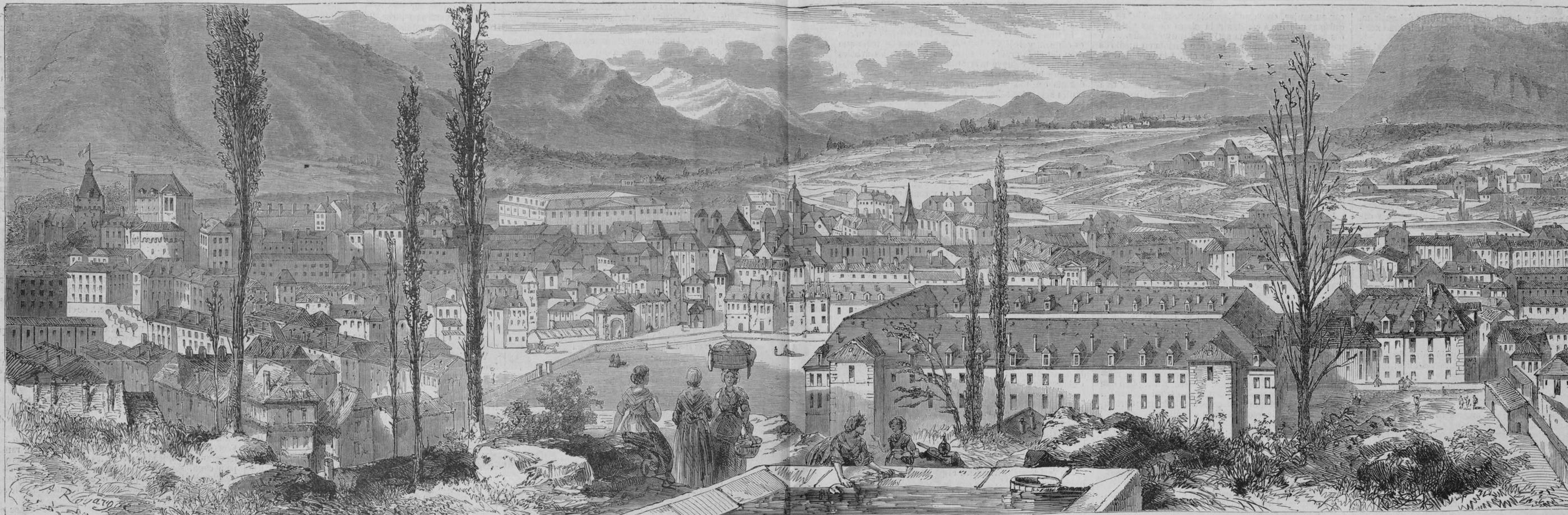
— ¡Oh! es demasiado, decia el juez; no quiero que
os incomodeis así... no esperaba...

— Señor juez, si olvidais el bien que habeis hecho,
los demás se acuerdan....

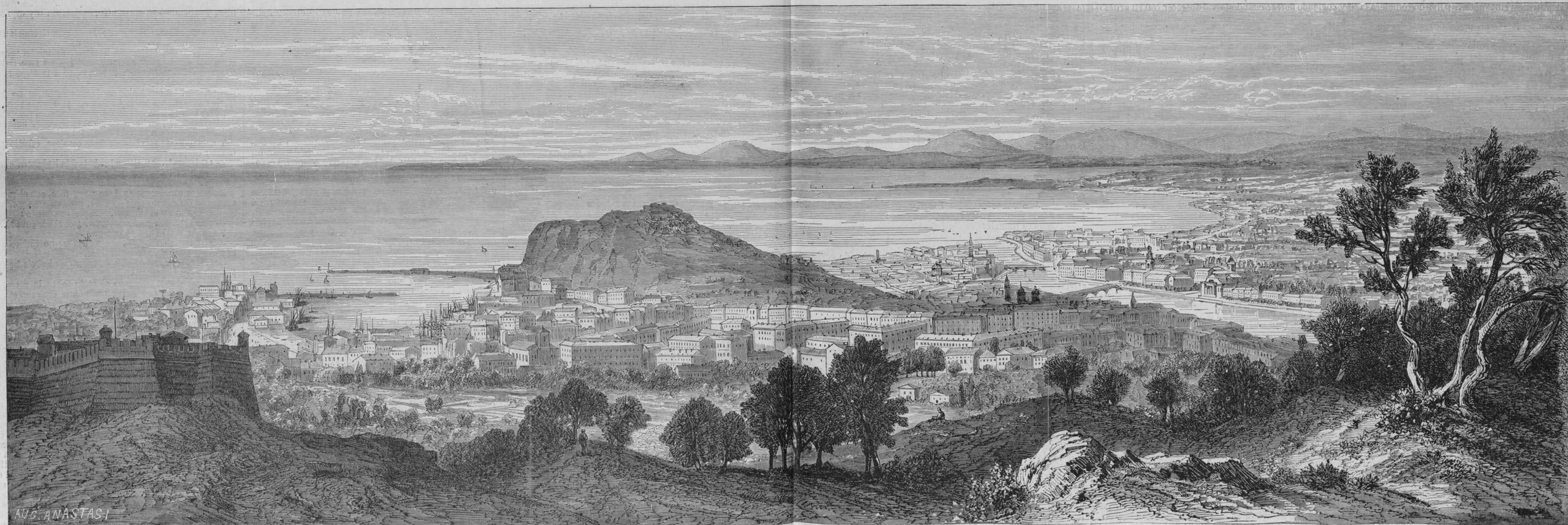
Entonces Carlota dejando el cesto sobre la mesa, se
mostró orgullosa por haber traído á la casa semejante
huésped. Sacó el azúcar, el café, todas las provisiones
que habia comprado en el pueblo. Y el juez mirando
siempre su lindo perfil, se sintió conmovido nueva-
mente; su pobre corazón latia en su pecho y parecia
decirle: « ¡Es preciso amar, Zacarias... es preciso... es
preciso!... »

¿Qué os diré, queridos amigos míos? Sciler pasó la
noche en casa del guarda Yeri Foerster, olvidando las
inquietudes de Teresa, su promesa de volver antes de
las siete, sus antiguos hábitos de orden y sumision.

Figúrese el lector una pieza grande, con el techo ra-
yado por vigas negras, y las ventanas abiertas sobre el
valle silencioso; una mesa redonda en medio cubierta
con un hermoso mantel blanco de cenefa encarnada; la
estrella de la lámpara iluminando los severos rostros
de Zacarias y de Yeri Foerster; la suave fisonomía de
Carlota, sonrosada y risueña, y la papalina de Cristina
con sus largas aletas flotantes. Figúrese además la so-
pera de ancho vientre pintada de flores, de la que sale
un vapor apetitoso; la fuente de truchas guarnecida de
perejil; los platos cubiertos de frutas y de panales de
miel amarillos como el oro... y luego el digno Zacarias
presentando alternativamente esas frutas y esos pana-
les de miel á la niña que bajaba los ojos, sorprendida



LA CIUDAD DE CHAMBERY, CAPITAL DEL DEPARTAMENTO DE LA SABOYA.



LA CIUDAD DE NIZA, CAPITAL DEL DEPARTAMENTO DE LOS ALPES MARITIMOS.

AVG. ANASTASI

con las lisonjas y las afectuosas palabras del anciano. Yeri se envanecía con esos elogios, y Cristina exclamaba:

— ¡Oh! señor juez, eso es mucha bondad... no sabeis cuántas penas nos da esta pícara... es tan viva y tan obstinada cuando se empeña en una cosa... la echareis á perder con vuestras palabras.

A lo cual el juez respondió:

— Poseeis un tesoro... Carlota merece todo lo bueno que se diga de ella.

Entonces Yeri alzando su vaso brindaba á la salud de Zacarías, y todos repetían el brindis.

Figuraos también el reló cantando las horas con ronca voz; los perros de caza paseándose por debajo de la mesa, cogiendo los huesos y proyectando en el techo sus sombras extrañas... Y por fuera, el silencio de los bosques, el último canto de la cigarra, el vago murmullo del río.

— ¡Qué felicidad vivir aquí, con una jóven y bonita compañera, teniendo el pan seguro, en paz y en sosiego, obedeciendo á una niña idolatrada, un poco loca y caprichosa, pero risueña... á cuatro pasos del río adonde se iría á pescar con frecuencia... á la sombra de los frondosos bosques que guarda el suegro Yeri Foerster!... ¡qué felicidad!... ¡qué existencia!...

De este modo soñaba Zacarías.

Por fin dieron las once, y como ya hacia fresco se levantó. ¡Qué jóven y ligero se sentía! ¡Con cuánto ardor habría besado la manita de Carlota!...

¡Oh! ¡no se puede pensar en esto todavía!...

— Yeri, es hora de dormir... Buenas noches y gracias, muchas gracias por vuestra hospitalidad.

— ¿A qué hora se quiere levantar el señor juez? preguntó Cristina.

— Somos madrugadores, respondió mirando á Carlota. Aquí donde me veis, no siento los años; me levanto á las cinco.

— Como yo, señor Sciler, repuso el guarda; yo me levanto antes de amanecer; pero al cabo y al fin es muy cansado... uno ya no es jóven.

— Pues por mi parte me encuentro mas vigoroso y despierto que nunca.

Y hé aquí que se pone á subir con paso ligero los altos escalones de la escalera. A decir verdad, Zacarías no tenía entonces mas de veinte años; pero estos veinte años solo duraron un cuarto de hora; y una vez tendido en el vasto lecho de plumas, con la manta hasta los ojos y la cabeza cubierta con un pañuelo, se dijo para sí:

— Duerme, Zacarías, duerme; estás cansado y necesitas reposo.

Y ya estaba á punto de dormirse cuando abriendo de nuevo los ojos y pensando en Carlota, añadió:

— No, no, yo no estoy cansado. Tengo veinte años; sí, mi corazón tiene veinte años... ¡Oh! no cometeré la locura de encerrarme en las bibliotecas, de pasar mi juventud sobre las *Pandectas* y los *Comentarios* de Alfia... quiero amar, quiero ser dichoso!

Y el buen hombre se durmió profundamente.

Hasta las nueve no se despertó, y para esto fué preciso que el guarda después de haber hecho su inspección matutina, alarmado al no verle bajar, entrase en su cuarto dándole los buenos días.

Entonces viendo el sol y oyendo el canto de los pájaros, el juez un poco avergonzado de sus fanfarronadas de la víspera, se levantó alegando el cansancio de la pesca y lo que había tardado en acostarse.

— Es bien natural, repuso el guarda; á mi también me gustaria dormir por la mañana, pero es preciso correr, correr siempre. Lo que yo necesitaria, señor Sciler, seria un yerno jóven, un moceton robusto que me reemplazase... De buena gana le cederia mi escopeta.

Zacarías no pudo menos de turbarse al oír esto. Habiéndose vestido, bajó sin decir una palabra.

Cristina le estaba esperando; Carlota se había marchado á sus faenas campestres.

El almuerzo fué corto, y el juez, mas grave, después de haber dado las gracias á aquellas buenas gentes, tomó el camino de Stautz, muy cabizbajo, pensando en las inquietudes que había debido pasar Teresa, pero sin poder abandonar sus esperanzas y las mil ilusiones encantadoras que acababan de nacer en su alma.

Inútil es pintar la recepcion que le hizo Teresa, sus reconvenções y su ira; no había pegado los ojos en toda la noche; había creído que Zacarías se había ahogado en la pesca; había enviado diez personas á buscarle, etc., etc.

Sciler escuchó estas quejas con calma, como en otro tiempo oía las metáforas de un abogado defendiendo una causa que estaba perdida... En suma, á pesar de Teresa, perseveró en sus ilusiones.

A principios del otoño, había tomado tal costumbre de ir á casa del guarda, que mas estaba en ella que en la suya; y el viejo Yeri, sin saber á qué fervor de pesca podia atribuir aquellas visitas, se encontraba apurado para rehusar los presentes que el rico magistrado le suplicaba aceptase en compensacion de su hospitalidad diaria.

Mas aun: Sciler queria tomar parte en sus ocupaciones, queria ayudarle á cortar leña, queria acompañarle en todas sus excursiones por el Grindewald y el Entlibach.

Yeri Foerster meneando la cabeza decia:

— Nunca he conocido un hombre mejor, ni mas entendido en todas las cosas, ni mas integro y respetable que el juez Zacarías Sciler. En otro tiempo cuando le llevaba los partes que yo había escrito, todo eran elogios, y á él debo mi ascenso... Pero, añadia hablando

con su mujer, creo que pierde la cabeza... el otro día quiso ayudarme á construir la choza de los abejarucos... le ha entrado una actividad muy extraña... Y luego se pone á limpiar la paja con Carlota en medio de todos los aldeanos que se rien de él... A la verdad, Cristina, esto no es propio de tal personaje; yo no me atrevo á decírselo; pero ¡su clase es tan superior á la nuestra!... Mas todavia; quiere obligarme á recibir una pension... ¡Y qué pension!... ¡cien florines mensuales!... ¿Y el vestido de seda que da á Carlota para el día de su cumpleaños?... Aquí no se llevan vestidos de seda, ni un vestido de seda está bien en la hija de un guarda.

— Déjale, contestaba Cristina, con un poco de leche y de miel se contenta... se conoce que le gusta estar en nuestra casa; es muy natural; en el pueblo está solo con su ama de llaves... en tanto que aquí Carlota le cuida... ¡y él charla con ella que es un portentoso!... ¿Quién sabe? quizá acabará por adoptarla... y si muere la dejará una buena parte de su fortuna.

El guarda sin saber á qué atenerse, se encogia de hombros; su sensatez le hacia entrever algun misterio; pero no llegaba ni á sospechar la locura de Zacarías.

Además una mañana vió bajar por la cuesta del Bigelberg un carro cargado con tres grandes toneles de vino rancio de Rikevir.

De todos los regalos que habrian podido hacerle, este era el mas agradable para él; pues Yeri Foerster era aficionado como nadie al buen vino «que calienta» como él decia.

Cuando probó el que acababa de recibir, no pudo menos de exclamar:

— El señor juez es el hombre mejor que hay en el mundo... ahora nos llena la bodega... Carlota, anda á cortar las flores mas bonitas del jardín... todas las rosas... ¿oyes?... los jazmines mas hermosos... harás un ramillete, y cuando venga, se le presentará tú misma... ¡Dios mio!... ¡qué vino!... ¡qué fuego!... ¡Con que en fin tendré toneles de buen vino en mi bodega!... Hace veinte años que lo deseaba... Carlota... Carlota, despáchate; ya le veo venir con su caña.

— Voy, padre mio.

En efecto, el juez aparecia á la sombra de los abetos, andando con paso rápido.

En cuanto Yeri le distinguió, gritó alzando su copa: — ¡A la salud del mejor hombre que conozco! ¡A la salud de nuestro bienhechor!...

Y Zacarías se sonreía.

Cristina preparaba la comida con el mayor esmero... una liebre estaba en el asador, y se oía un gran movimiento en la cocina.

Los ojos del juez chispeaban de satisfaccion; mas cuando vió á Carlota con su basquiña encarnada y los brazos desnudos hasta el codo corriendo por la huerta y cogiendo flores; cuando la vió aparecer con su grueso ramillete, que le presentó humildemente, con los ojos bajos y diciendo: «Señor juez, ¿quereis aceptar este ramillete que os regala vuestra Carlota?» entonces sus venerables megillas se pusieron de color de grana, y como se bajara para tomarle la mano, la dijo:

— ¡Oh! no, mi querida niña... aceptad de... vuestro mejor amigo... un beso mas tierno.

Y la besó en sus megillas sonrosadas.

El guarda riéndose á mas no poder, exclamó:

— Señor Sciler, venid á sentaros á la sombra de las acacias... venid á probar vuestro vino... ¡Ah! ¡razon tiene mi mujer en decir que sois nuestro bienhechor!...

Zacarías se sentó delante de la mesa de abeto, al aire libre, con su caña apoyada en la pared, teniendo enfrente á Carlota y á su padre á la derecha, y se sirvió la comida.

Entonces el juez comenzó á tratar de sus asuntos futuros.

Tenia hechos ahorros, y de su familia había heredado una buena fortuna. Quería comprar un gran pedazo de bosque cerca del valle... y construir una casa rústica.

— Estaremos siempre juntos, decia á Yeri... vosotros en mi casa... y yo en la vuestra.

Cristina llegó á sentarse, y se habló de diferentes cosas. Carlota parecia estar contenta, y Zacarías se imaginaba que habían penetrado sus intenciones.

Así se pasó el tiempo, y cuando llegó la noche, cuando hubieron festejado debidamente el rikevir, la liebre y los *koechlen* con canela, Zacarías, muy contento y entregado á las mas risueñas ilusiones, subió á su cuarto aplazando para el otro día su declaracion, y no dudando que seria bien recibida.

Tenia el ramillete de Carlota en la mano, y cuando estuvo solo se puso á besarle, llorando como un niño y murmurando:

— Zacarías... Zacarías... serás el mas afortunado de todos los hombres... vas á rejuvenecer... y quizá, quizá... si Dios quiere, renacerás en un pequeño Zacarías ó en una bonita Carlota, que vendrá á saltar sobre tus rodillas y á acariciarte con sus manitas de color de rosa.

A este pensamiento, el buen hombre se sentó lleno de esperanza; mas de una hora se quedó meditando, con el codo apoyado en el marco de la ventana, los ojos muy abiertos, oyendo como cantaban las ranas á la luna en el valle silencioso.

Al fin se acostó á la una de la madrugada, y se durmió como un bienaventurado.

Por esa época del año los montañeses del Harberg, de Kusnacht y de las otras aldeas de las cercanías, bajan de sus montañas antes de amanecer para segar las crecidas yerbas del valle.

Entonces se oyen en la noche sus cantos monótonos que acompañan en cadencia al movimiento circular de

las guadañas, y se oyen á lo lejos las voces de las mōzas y de los mozos que se rien en el silencio.

Es una armonía extraña, sobre todo cuando la noche es clara... y brilla la luna... y las gotas de rocío que caen del cielo producen sobre las hojas de los árboles un inmenso y suave murmullo.

Ahora bien, Zacarías no oía nada de todo esto, pues dormia con toda su alma, cuando un puñado de guisantes arrojados sobre los vidrios, le despertó sobresaltado.

Prestó atencion y oyó fuera al pié de la pared un «¡Chist!... ¡Chist!...» murmurando tan bajo, tan bajo, que parecia como el roce de algun pajarillo...

Sin embargo, el corazón de Zacarías se estremeció.

— ¿Qué es eso? se dijo.

Después de una larga pausa, una voz suave... tierna... repuso:

— ¡Carlota!... ¡Carlota!... ¡soy yo!

Zacarías comenzó á temblar, y como escuchara con los ojos abiertos cuan grandes eran, el emparado se agitó contra los vidrios, una persona subió con tiento... luego se detuvo y se puso á mirar al interior del cuarto.

Entonces el anciano indignado se levantó y abrió la ventana, que el desconocido saltó al instante.

— No tengas miedo, Carlota, exclamó; vengo á anunciarte una buena noticia; mi padre estará aquí mañana.

Y como no recibiera contestacion, pues Zacarías con mano trémula encendia la luz, añadió:

— ¿Dónde estás, Carlota?

— Aquí, repuso el juez volviéndose pálido como un difunto y mirando á su rival.

Era este un hermoso jóven, esbelto y alto, con ojos negros muy expresivos, megillas morenas, labios muy rojos sombreados con un ligero bigote, y con el ancho feltro del pais inclinado á un lado.

La aparicion de Zacarías le sorprendió hasta el punto de dejarle inmóvil.

Mas como el juez elevara la voz, exclamó asustado:

— ¡En nombre del cielo, no griteis, no soy un ladrón... amo á Carlota!...

— ¿Y... ella... ella?... preguntó Zacarías.

— Ella me ama también... ¡Oh! No teneis nada que temer si sois de su familia... Nos hemos desposado en las fiestas de Kusnacht... Los desposados del Entlibach pueden visitarse de noche... es una costumbre establecida; lo saben todos los suizos.

— ¡Yeri Foerster... Yeri... el padre de Carlota no me había dicho nada!...

— Porque ignora todavía nuestros desposorios, repuso el jóven hablando mas quedo; cuando yo le pedí su permiso el año último, me dijo que esperase... que Carlota era muy niña aun... y nosotros nos hemos desposado á escondidas... Unicamente como yo no tenia el consentimiento de Yeri... no venia de noche... hoy es la primera vez... Veia á Carlota en el pueblo los días de mercado... pero el tiempo nos parecia bien largo á los dos... tanto que he concluido por decírselo todo á mi padre... quien me ha prometido ver á Yeri mañana... ¿Qué quereis? yo sabia que esto la gustaria tanto á Carlota, que no he podido resistir al deseo de darla la noticia.

El pobre viejo cayó sobre una silla y se cubrió el rostro con ambas manos como abismado en su dolor.

¡Ay! ¡cuánto debió sufrir!... ¡qué pensamientos tan amargos debieron atravesar el alma de aquel hombre de bien!... ¡qué desengaño tan terrible despues de tan bellas esperanzas!

En cuanto al jóven montañés, tampoco estaba muy tranquilo; apoyado en la pared y con los brazos cruzados sobre el pecho, se decia:

— Si viene el viejo Foerster, que no sabe nuestros desposorios, me matará sin querer oírme...

Y miraba hácia la puerta prestando el oído al menor ruido.

Alcabo de algunos instantes, Zacarías, alzando la cabeza como si saliera de un sueño, preguntó:

— ¿Cómo os llamis?

— Karl Imant.

— ¿Cuál es vuestro oficio?

— Mi padre se promete que me darán su empleo de guarda-bosque en Grindewald.

Hubo una larga pausa; Zacarías miraba al jóven con envidia.

— Os ama mucho, ¿no es verdad? repuso con voz trémula.

— ¡Oh! sí, nos queremos con delirio.

Entonces el juez, echando una ojeada á sus piernas descarnadas y á sus manos surcadas de gruesas venas, murmuró:

— Si... debe amarle mucho... ¡Es jóven y hermoso!...

Y volvió á inclinar su cabeza muy abatido.

De repente se levantó y fué á abrir la ventana.

— Jóven, sois muy culpable, exclamó; no sabeis cuánto mal me habeis hecho... Habriais debido obtener el consentimiento del padre... pero podeis marcharos... mas tarde nos veremos.

El montañés no esperó á que le repitieran la invitacion; de un salto se plantó en el sendero y desapareció por entre los árboles.

— ¡Pobre... pobre Zacarías!... murmuraba el juez; ¡tus ilusiones se han desvanecido!...

Y se acostó de nuevo sollozando, cubriéndose la cabeza con la manta para que no le oyeran.

A eso de las siete, cuando estuvo un poco mas sereno, bajó, y encontró á Yeri con su mujer y su hija, que le esperaban para almorzar.

El anciano apartando la vista de la jóven, se adelantó hácia el guarda y le dijo:

— Amigo mio, tengo que pedir una cosa... ¿Conoceis al hijo del guarda bosque de Grindewald?...
— ¿Karl Imant?... sí, señor.

— Es un guapo muchacho... y de buena conducta... según creo.

— Yo también lo creo, señor Sciler.

— ¿Se halla en estado de suceder á su padre?

— Sí, tiene veinte y un años... sabe leer, escribir... está acostumbrado á las faenas del monte... pero esto no basta.

— ¿Porqué?

— Se necesitan protecciones.

— Pues bien, amigo mio, yo he conservado alguna influencia en la administración superior del ramo de bosques y plantíos... De aquí á dos ó tres semanas Karl Imant será guarda-bosque en Grindewald... y os pido para él la mano de Carlota.

Al oír esto, Carlota, que desde el principio se había puesto muy encarnada y que temblaba como las hojas en el árbol, dió un grito y cayó en los brazos de su madre.

El guarda se volvió, y mirándola con severidad, la dijo:

— ¿Qué es eso, Carlota? ¿No quieres?

— ¡Ay! es al contrario, padre mio.

— En hora buena, pues yo nada puedo negar al señor juez Zacarías... Ven aquí... y da gracias á tu bienhechor.

Carlota acudió, y el buen anciano, atreviéndose entonces á estrecharla sobre su corazón, la estuvo mirando mucho tiempo con los ojos velados de lágrimas.

Luego, pretextando que urgía hacer la petición que había prometido, se marchó, sin llevarse más que un pedazo de pan para su almuerzo.

Quince días después, Karl Imant recibía el despacho de guarda-bosques en reemplazo de su padre en Grindewald, y ocho días después se casaba con Carlota.

Los convidados bebieron el rico vino de Rikevir tan estimado por Yeri Foerster, y que parecía haber llegado oportunamente para la boda.

Zacarías Sciler no pudo asistir á la fiesta, porque se hallaba indispuerto aquel día... Desde entonces va pocas veces á pescar... y siempre á Brunnen... hácia el lago... á la otra parte de la montaña.

FIN DE LOS DESPOSADOS DE GRINDERWALD.

Teatro de la Puerta de San Martín.

EL CABALLERO DE LA MONTAÑA (*Le gentilhomme de la montagne*), drama por Alejandro Dumas. — LA DECORACION DE VERANO DE LA SALA.

Al propio tiempo que se inauguraba en el teatro de la Puerta de San Martín la decoración de verano que se ve representada en la página siguiente, y que ha transformado en un jardín lleno de flores y de fuentes la hermosa sala de este teatro, adonde hoy puede concurrir el público sin temor de ahogarse, gracias á esa feliz innovación, digna de ser imitada, se estrenaba una nueva producción del célebre Alejandro Dumas que ha inspirado á un escritor español la crítica que vamos á trasladar á nuestras columnas, tanto porque estamos conformes con lo que dice, como porque creemos será del agrado de nuestros lectores. Hé aquí este artículo que se titula «El vandalismo de Dumas:»

No crean nuestros lectores al ver el epígrafe que antecede, que el vandalismo ó mas bien el bandidismo de Dumas es el que el celeberrimo escritor ha ejercido durante muchos años sobre el ingenio de muchos escritores faltos de dinero ó de pudor literario: el vandalismo de que hoy le acusamos, no es, no, aquel que le ha valido una inmensa reputación literaria, de que le han despojado los tribunales para dársela á Maquet y otros; es el que viene ejerciendo hace muchos años sobre las costumbres, sobre la historia y sobre las inclinaciones españolas, despojándolas de su noble y verdadero carácter para darle otro miserable y falso. Para Dumas el tipo mas notable de la sociedad española es el bandido, y mas ó menos directamente, el bandido interviene siempre en los actos de esa misma sociedad.

No sabemos quién habrá imbuido á Dumas en las falsas ideas que de nuestro país tiene, y porqué se complace en no ver en España mas que bandidos, gitanos é hidalgos tan repugnantes por lo ridículos como los gitanos y los bandidos.

Hace algunos años vino Dumas á España, y como la imagen del bandido llenaba su pensamiento como la de las dueñas doloridas y los encantadores el de don Quijote, se le cayó el alma á los piés cuando llegó á Madrid sin haber encontrado ni un miserable ratero en las cien leguas que median entre la capital de España y el Pirineo.

Hallándose en Madrid, tratóse de obsequiarle con una cacería en los montes de Toledo, y sus esperanzas de dar al fin con los bandidos se reanimaron; pero no tardó en encontrar un nuevo desengaño, porqué se le anunció que la guardia civil no había dejado un bandido ni para un remedio.

Dumas se resignó entonces á inventarlos. Buscó un español con quien tenía bastante confianza y le dijo:

— Yo no quisiera irme de España sin presenciar siquiera un simulacro de bandidos. ¿Pudiera Vd. encontrar media docena de hombres mal encarados, que armados de manta y trabuco, nos asaltasen, robasen y maltratasen en el camino?

— No es difícil encontrarlos, le contestó el español, pero costarán caros, porque se exponen á caer en poder de la guardia civil y á ser juzgados, no como bandidos de teatro, sino como bandidos de carretera.

— Por dinero no lo deje Vd.

Pocas horas después puso nuestro compatriota en conocimiento de Dumas, que había encontrado los bandidos, pero que exigían 20,000 reales.

Dumas, loco de alegría, aflojó esta cantidad: al día siguiente el autor del *Monte-Cristo* se encaminó con sus amigos á los montes de Toledo: pero ni á la ida ni á la vuelta los bandidos parecieron.

Dumas empezaba á sospechar que realmente los bandidos de mojiganga le habían robado, ganando sin exposición los 20,000 reales; pero una mañana recibió por el correo interior una carta que decía:

«Muy señor mio: El adjunto recibo probará á Vd. que mi gente y yo le hemos robado á Vd. como Dios manda.»

Besa á Vd. la mano. — El capitán de los bandidos.»

El recibo decía:

Tesorería de la junta de Beneficencia de Madrid. — «He recibido la cantidad de veinte mil reales que M. Alejandro Dumas destina á los establecimientos benéficos de esta capital. Madrid, etc.»

Esta lección y otras mas elocuentes aun, debieran haber hecho á Dumas perder su afición á los bandidos españoles; pero se conoce que la monomanía de Dumas no tiene cura, y de ello es buena prueba el drama que con el título del *Caballero de la montaña* (*Le gentilhomme de la montagne*) ha hecho representar últimamente por primera vez en el teatro de la Puerta de San Martín de París.

Vamos á referir su argumento, haciendo notorios algunos de los muchos sapos y culebras que abundan en él, porque sabido es, que Alejandro Dumas ni siquiera se toma la molestia de abrir el calendario de los países donde coloca la acción de sus dramas ó sus novelas, antes de bautizar á sus personajes.

Don Fernando Cascados y Torillas está enamorado (ya pareció aquello) de una dama. Bajo el balcón de esta sorprende á un caballero; zis, zas, se bate con él y le mata.

Acusado de asesinato, se bate también con los alguaciles que le persiguen, toma soleta y se esconde en la Sierra. (Don Alejandro dice Sierra en español. ¡Si sabe el picarillo!) En la Sierra, para entretenerse en algo, se dedica á organizar una partida de bandidos, lo cual proporciona á Dumas ocasión de birlar á Schiller dos actos de su drama *Los Bandidos*. Don Fernando vive fraternalmente con una gitanilla sandunguera que se pirra por él. Un día pasan por la Sierra don Velazquez (échele V. guindas al don) y su hija doña Carmen. Don Velazquez viene de Méjico donde se ha casado con una jóven de sangre real (¡oiga Vd!) y de esta union es Carmen el fruto.

Antes de partir para Méjico, don Velazquez quería á una jóven noble á quien dejó embarazada (ah tunante!) y de estos amores había resultado un chiquillo en busca del cual iba el señor don Velazquez á Granada, á donde acaba de llegar también el jóven rey Don Carlos, que muy pronto va á llamarse Carlos V. Los bandidos detienen á don Velazquez y su hija; pero cate Vd. que su capitán don Fernando se enamora de Carmen y deja en libertad al padre y á la hija. Don Velazquez se larga, prometiendo al noble bandolero obtener su indulto, y doña Carmen diciendo que no hay en la corte de España un caballero tan cumplido como el capitán de los bandidos. (Dijolo Blas y punto redondo.) Poco después los soldados del rey meten mano á los bandidos, matan una porción de ellos, hacen á los restantes dispersarse en los bosques. (Adviértase que para Dumas España es un bosque continuo.)

Ginesta (por Dios, señor, llámela Vd. siquiera Ginesa), dice á don Fernando: ¡chico, esto va malo! Yo voy á pedir al rey que te indulte. Don Fernando rabia de celos aparte y la deja ir. De un brinco nos plantamos en la cámara real donde el rey está echando pestes contra el bribon de don Fernando. Hétele que sale don Ruiz (ya se va enmendando!) padre de este con la consabida barba luenga y blanca y la consabida voz temblona, y se echa á los piés del rey pidiéndole gracia para el trueno de su hijo. El rey le despide con cajas destempladas. Poco después entra don Velazquez con la misma canción y el rey le dice también no pes; pero en atención á que don Velazquez es un gran marino le nombra Justicia mayor del reino.

Por último, y esta es la mas negra, entra la gitanilla en la cámara como Pedro por su casa. Yo soy tu (esta era de la escuela de don Juan de Borbon) hermana. — ¡Canario! exclama el rey. ¿Mi hermana? A la prueba me remito. — Pues aquí está la prueba: una sortija de los duques de Borgoña y un pergamino escrito de puño y letra del duque Felipe el Hermoso tu padre y mio. — ¿Y qué es lo que quieres, prenda? — Para mi ni esto, responde la gitana mordiéndose la uña del dedo pulgar; pero quiero que perdones á don Fernando. — Le perdono con dos condiciones; que quemes ese pergamino y me des esa sortija y te metas monja. — Toca esos cinco, dice la gitana en señal de asentimiento.

Ya tenemos á don Fernando y su genticilla indultados y paseándose por Granada como unos señores, ó mejor dicho como unos Hierros por Burgos. Pero tan gordos eran los pecados del tal don Fernando, que este salía de Málaga para entrar en Malagon. Debajo del balcón de Carmen encuentra á un tal don Alvarez (¡ya escampa!) que estaba perdido por la chica y se bate con él. El padre de don Fernando quiere separar

á los combatientes, y su hijo le arrea una bofetada que le hace ver las estrellas. Tratan de prender á don Fernando, este se defiende como un león, mata diez arqueros (¡atiza, manco!) y toma las de Villadiego.

En aquel momento asoma por allí el rey (¡que demonche de boton!), y al verle don Juan grita: — ¡Justicia, señor! — ¿Contra quién? — Contra mi hijo, que me ha dado un soplamocos. — El rey, que es muy aficionado á sacar por el hilo la madeja, se adelanta al agujero del apuntador, y dice al público: — En España nunca un hijo ha cascado las liendres á su padre. Don Fernando se las ha cascado á don Ruiz. Luego don Ruiz no es padre de don Fernando; ó lo que es lo mismo, don Fernando no es hijo de don Ruiz. En seguida el rey, bulléndole los sesos con tal descubrimiento, se cuela en casa de don Ruiz y dice á doña Mercedes, madre de don Fernando:

— Cuénteme Vd. su vida. — No me sale de las narices, contesta doña Mercedes. — Confíese Vd. que Fernando no es hijo de su marido de Vd. — Si vuelve Vd. á decirme eso, le tiro aunque sea un demonio á la cara. — Confiésete Vd. y salva á su hijo. — No me da la real gana. — Doña Mercedes quisiera salvar al chico, pero ha jurado á don Ruiz no revelar nunca á nadie el secreto del nacimiento de Fernando y se calla como una muerta. De repente entra el inclito don Velazquez, se arrodilla á los piés del rey y grita: — Señor, si Mercedes ha jurado callar, yo que no tengo pelos en la lengua, hablaré: Fernando es mi hijo.

Aquello parece un pasadizo: en aquel instante entra don Ruiz y dice al rey: — Señor, cuidadito con lo que haceis; porque si decis que Fernandillo no es mi hijo, deshonorais mi apellido que yo quisiera transmitir sin mancha á los hijos del hijo que no es mi hijo. (Al decir esto el público debe querer comer al barba.) Perplejillo el rey entre el padre que no es el marido y el marido que no es el padre, no queriendo deshonorar á don Ruiz, no queriendo jugar una mala partida á doña Mercedes, no queriendo indultar á un parricida y no queriendo castigar á un calavera que no es parricida, se retira diciendo: — Mañana sabrán Vds. lo que he dispuesto.

Estamos en la plaza de Granada. A derecha el convento de la Visitación donde Ginesta se ha metido monjita, y á izquierda la cárcel. Un heraldo de armas seguido de unos cuantos trompeteros anuncia al pueblo que don Fernando ha sido condenado á muerte. ¡Buena la hemos hecho! Don Ruiz (que debiera llamarse Lucas Gomez) doña Mercedes, doña Carmen y don Velazquez están que trinan. Los penitentes negros (¡ay qué miedo!) vienen á buscar al reo que marcha al suplicio seguido del verdugo armado de su hacha ó cortapescuezos.

El cadalso está entre bastidores. Se oye el ruido sordo de la hacha dando sobre el tajo, la multitud dice ¡Corror! á doña Mercedes le da un patatus y el barba don Ruiz grita: — ¡está aviado como hay Dios el que fia en la justicia del rey! — El que juzga al rey sin oírle, dice el rey saliendo de entre la multitud, no sabe lo que se pesca. ¿Qué es lo que yo te prometí, grandísimo botarate? Quitar del medio á don Fernando. Don Fernando ha muerto. Pero como el hijo de esta buena señora no es tu hijo, no he querido fastidiar á una madre porque su hijo diese un bofetón á un barba de tres al cuarto.

El hijo de mi señora doña Mercedes vive aun, añade el rey. Al mismo tiempo levanta el capuchon de un penitente negro y aparece don Fernando. El hombre á quien han cortado el gañote es un criminal de chicha y nabo. — Don Fernando, dice el rey, está Vd. muerto. Usted no tiene ya apellido. Yo nombro á don Velazquez virey de Méjico. Acompañele Vd., y si quiere un apellido gáñele Vd. con la punta de la espada (¿y porqué no con el filo?) En cuanto á ti, gitanilla sandunguera, hermana mia, añade el rey dirigiéndose á Ginesta, ya no eres gitana ni monja, eres duquesa de Villafior de la Sierra-Morena y Figueroas.

A ti, don Alvarez de Herrera, te doy las rentas del señorío cuyo título pretendes, para que te las comas con la chica que mas te guste. — ¡Fernandillo! exclama Ginesta alargando los cinco al muerto. — En aquel instante, chas, chas, suena un latigo, y cate Vd. que llega un correo de Francfort, anunciando al rey que le han hecho emperador de Alemania. Cae el telón, el público aplaude á rabiar. Dumas se embolsa buenos cuartos, y el sentido comun llora como un becerro.

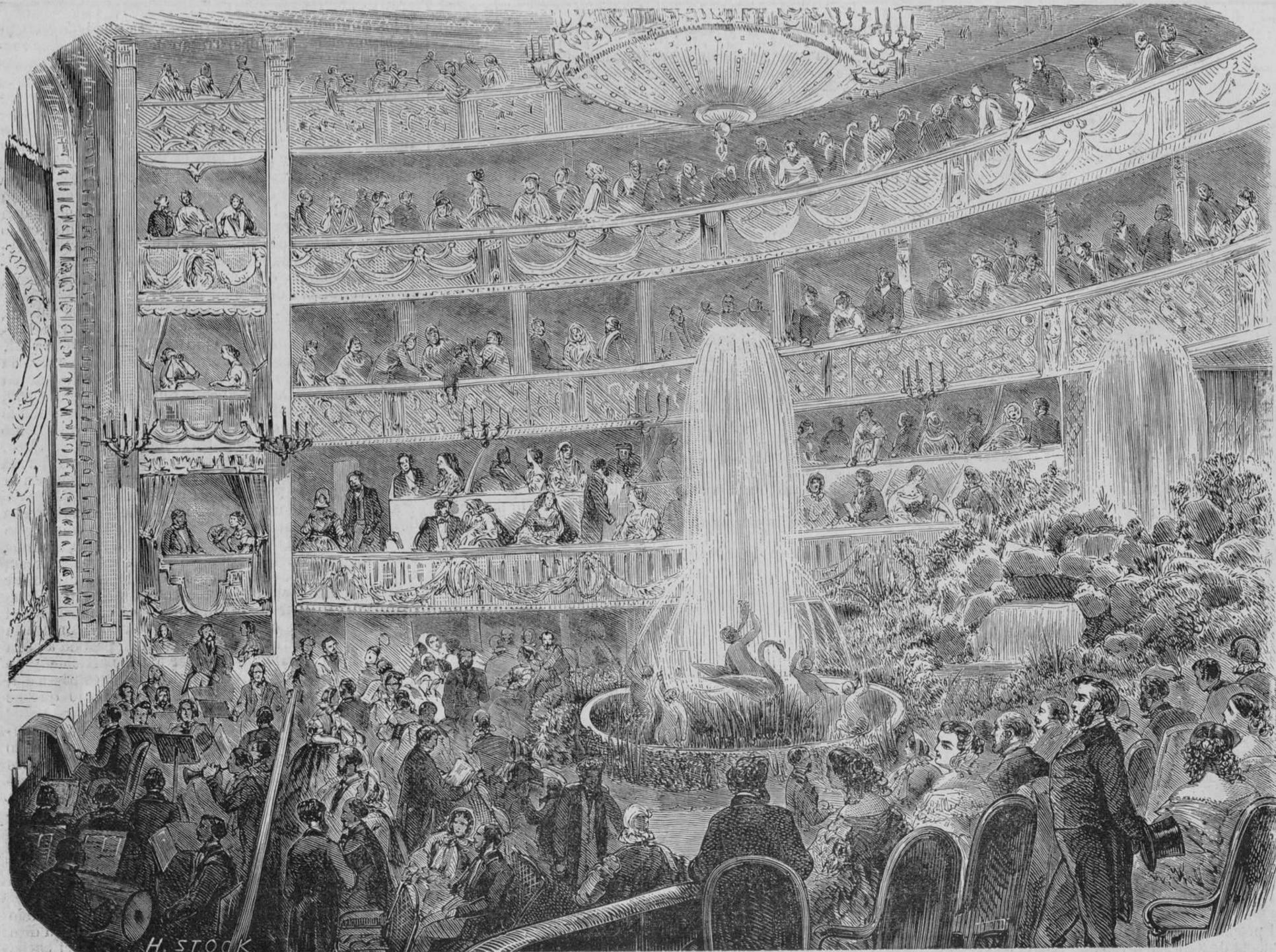
Las obras del puente del Rhin.

Damos en la página siguiente aquí un dibujo que representa las primeras obras del puente del Rhin que une la orilla de Strasburgo con la orilla del Kehl. Por hoy no entramos en pormenores, reservándonos publicar una noticia completa de esta obra importantísima, cuando estén concluidos los nuevos dibujos en que los artistas se ocupan actualmente. P. P.

Concurso general y nacional de agricultura en París.

(Primer artículo.)

De todos los puntos de la Francia han llegado al Palacio de la Industria esos huéspedes extraños repre-



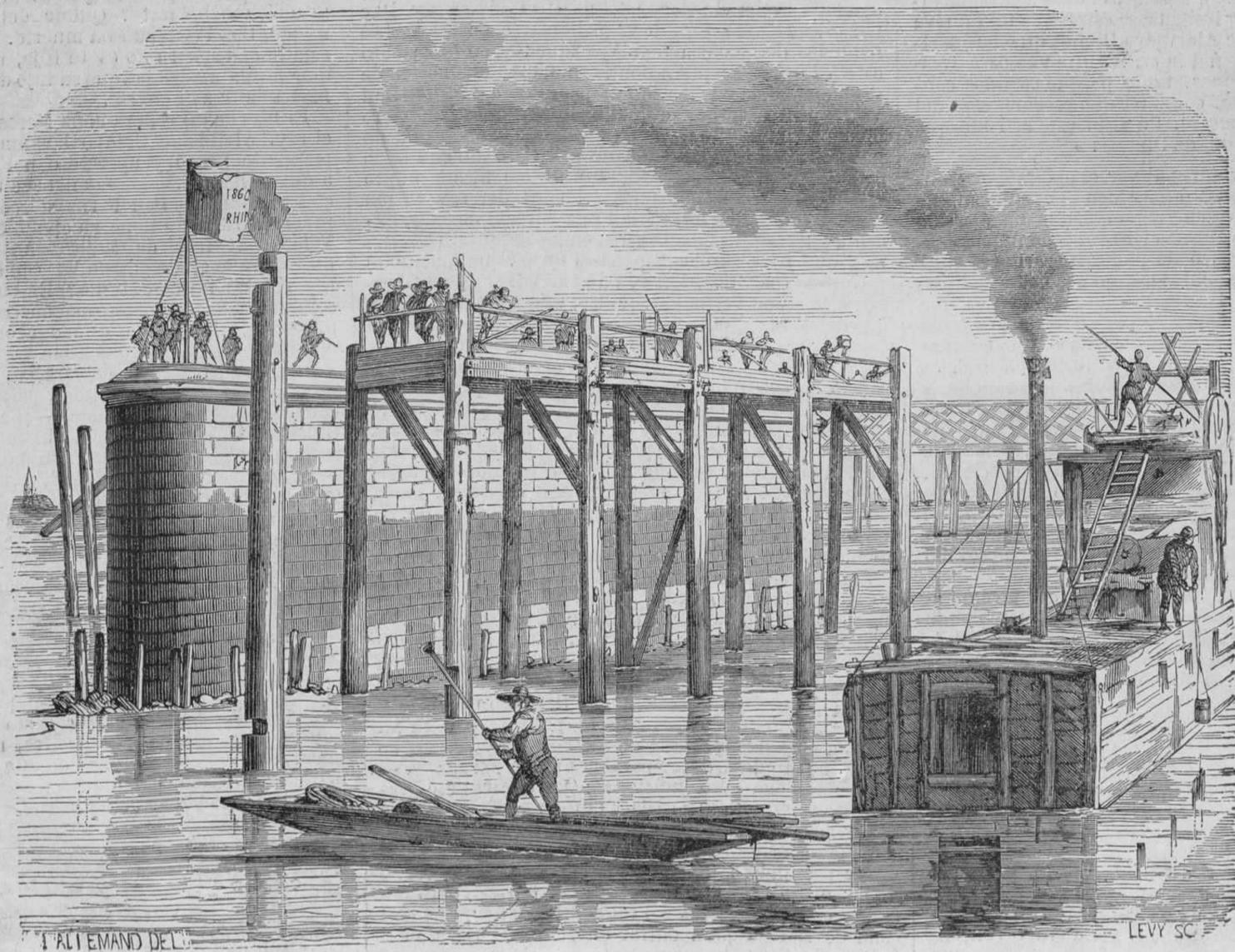
TEATRO DE LA PUERTA DE SAN MARTIN. — INAUGURACION DE LA NUEVA DECORACION DE VERANO.

sentantes de todas las diferentes razas de animales útiles á la agricultura.

Cuando uno se halla en presencia de esa inmensa variedad, se comprende toda la dificultad de dar una cuenta detallada y exacta de una exposicion que abraza á la vez animales, máquinas, instrumentos y productos agrícolas de toda especie; asies que por hoy nos contentaremos con la descripcion del conjunto añadiendo únicamente los detalles mas importantes.

Ante todo, recordaremos los compartimientos donde está la especie caballar, que se compone de caballos de raza pura de silla y de tiro procedentes de todas las razas de Francia.

La Normandía ha enviado una hermosa coleccion de yeguas y caballos padres, que deja adivinar los recursos que se podrian sacar de ese pais. — Se ha podido ob-



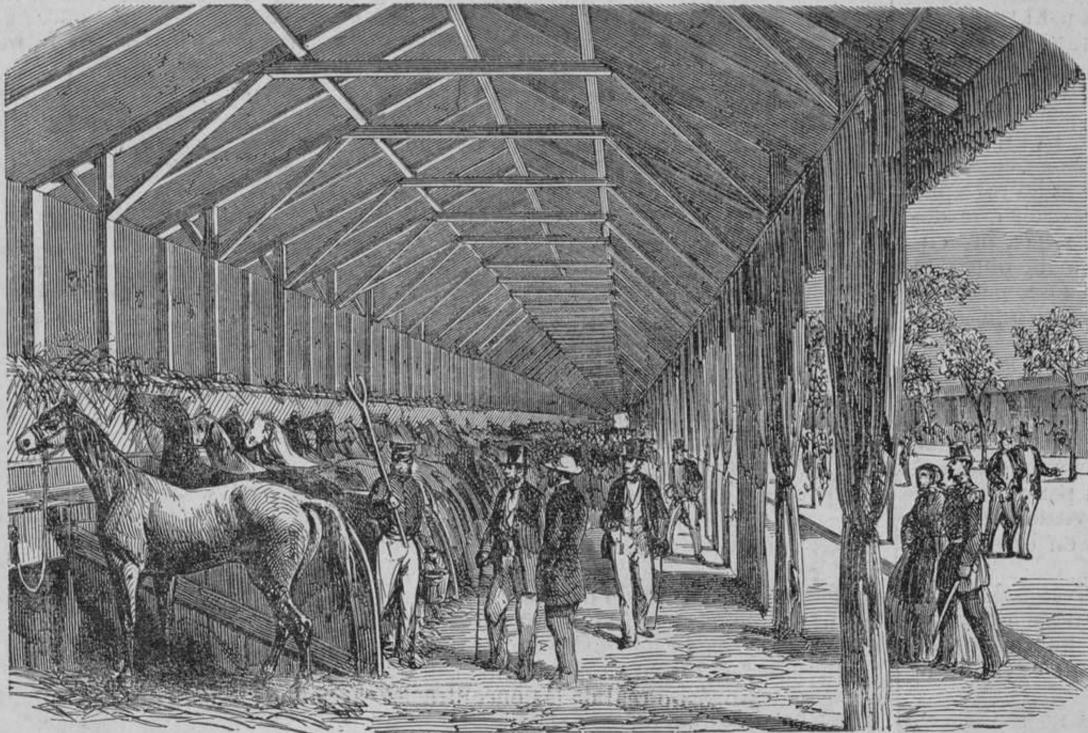
LAS OBRAS DEL PUENTE DEL RHIN. — CONCLUSION DEL PRIMER MACHO DEL PUENTE,

servar que las mejores yeguas son todas nacidas de caballos padres de raza mestiza, en tanto que por el contrario las que han querido mejorar por medio de la raza pura, si es verdad que han adquirido alguna distincion, en cambio han perdido esa fuerza y ese desarrollo de formas, tan necesarios en las yeguas consagradas á la reproduccion. — Entre ellas son dignas de admiracion *Delphine* (del departamento del Orne) y *Aigle*, tipo consumado de la antigua raza normanda.

Pero en medio de las medianías que abundan en la exposicion caballar, los mejores animales se encuentran en las razas comunes, y particularmente entre los caballos del Bolonés.

Las razas bretonas, y sobre todo las del Finistere, presentan tipos muy mejorados, que prueban que ese pais está en progreso.

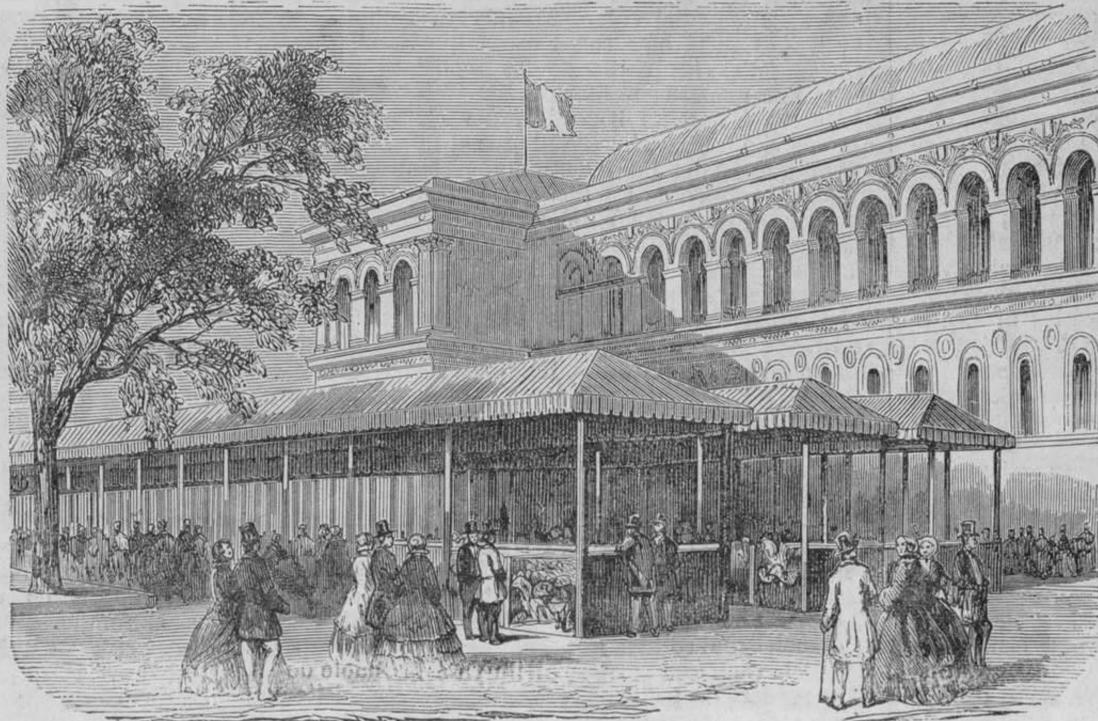
Concurso general y nacional de agricultura en Paris.



LAS GALERIAS DEL GANADO CABALLAR.



LOS ANIMALES DE CORRAL.



LAS GALERIAS DEL GANADO LANAR.



Los caballos del centro, mezcla de especies que no acusan ninguna raza bien distinta, prueban la necesidad de la intervención de una mano firme y vigorosa que ordene una educación entregada al acaso. El resultado de este descuido es que nacen tipos muy variados y sobre todo muy defectuosos.

Los caballos percherones escasean; entre ellos se distingue un hermoso caballo padre del aspecto más extraño traído por mandato del emperador. Es un caballo tordo con unas crines muy largas y sedosas.

Si no hemos hablado aun de los caballos de raza pura inglesa, es porque nos cuesta trabajo decir que dejan muchísimo que desear. Excepto *Monarque*, presentado por el conde de Lagrange, y que ha obtenido grandes triunfos en las carreras, y *Virtuose*, perteneciente al marqués de Croix, ninguno merece una mención especial.

En general el caballo de lujo figura poco; los caballos de tiro abundan en la exposición, en tanto que el buen caballo de silla apenas se ve.

Echemos de paso una ojeada á los animales reproductores de la especie asnal, y en particular á esos gigantes borricos padres que se distinguen por sus largas orejas y su pelo abundante, y vamos á visitar la exposición de bueyes, que se halla colocada en el interior del palacio.

Estos animales se encuentran en el pabellón del Sur, en medio del precioso jardín donde ha estado anteriormente la exposición de flores; este sitio habría debido elegirse para los caballos, cuya instalación es infinitamente menos elegante.

Hemos visto magníficos toros de razas normanda y flamenca, hermosas vacas blancas del Charolés y también vacas de los Pirineos, de una especie menos colosal que las primeras, pero de una finura de formas y de una agilidad excepcionales.

Los carneros presentan igualmente algunas bellas muestras de merinos y razas extranjeras. Entre las cabras se admira un macho cabrío del alto Egipto y cabras angora de las mejores que pueden verse; en cuanto á la especie porcina, está representada por animales ingleses tan sumamente gruesos que inspiran repugnancia; los New-Leicester carecen de formas y ofrecen el aspecto de una bola de grasa inmensa.

Entre el pabellón Noroeste y el pabellón Sudoeste del Palacio de la Industria, han reunido los animales de corral. En unos compartimientos con enrejados están todas las especies de conejos: conejos ingleses, rusos, del Brasil, azules, plateados, etc.; luego vienen los pavos blancos y los pavos cobrizos de América; gansos de Tolosa, patos de Aylesbury, faisanes, guineas, palomas de todos los colores y de todos los países.

La mayor variedad se encuentra entre los gallos y las gallinas; los hay de la raza de Hudan, normandos, cochinchinos, brahmapautra, rusos, españoles, maleses, raza de combate, razas de Hamburgo, de Holanda, etc.; ninguna especie falta en la colección.

No hemos hecho más que entrever las máquinas y los instrumentos de agricultura; para dar una idea de estas ingeniosas invenciones, se necesitarían detalles especiales y muy extensos; así es que nos limitaremos á citar el arado para el cultivo de la viña, inventado por M. Dubois, del departamento del Yonne. Nuestro próximo número contendrá otros pormenores.

T. DE B.

Dominación española en Italia.

DISCURSO LEIDO ANTE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, EL DÍA 20 DE MAYO DE 1860.

(Conclusion.)

Otra objeción no más fundada, pero de más efecto al vulgo, se puede hacer contra los fines que estoy atribuyendo á nuestra política, y es que el influjo español y la alianza de nuestra corte con la de Roma no se mantenían solo con armas, libros y protocolos, sino en virtud también de dádivas, singulares por el número y la cuantía. No niego tampoco este hecho, que está sobrado patente en los documentos contemporáneos. Pero la prueba de la sinceridad con que nuestros monarcas aplicaban tales medios á la consecución de los fines de su política está en la consulta que sobre ofertas y dádivas á los cardenales hizo Don Felipe II al padre Acosta y su confesor fray Diego de Yepes, contestada al cabo en 1601, reinando ya Don Felipe III, por una junta compuesta del conde de Miranda, el cardenal de Sevilla y el padre confesor fray Gaspar de Córdoba. Fueron de opinión estos varones, teólogos consumados los más, que el rey «podía ganar las voluntades de los cardenales» para inclinarlos á una buena elección de papa por «medios lícitos y honestos,» entendiéndose por tales «el darles pensiones, honras y otros aprovechamientos» á deudos suyos con que no precediese ó interviniese pacto ú obligación, y los cardenales se dejasen en plena libertad para satisfacer su conciencia.

No tengo yo esta opinión por intachable, ni son de mi gusto tales medios para realizar fin alguno: mi conciencia los rechaza, por más que se hallen probados con harta frecuencia en la historia. Pero lo cierto es, señores, que en la época de que se trata pensaban del mismo modo España para predominar más fácilmente en los consejos de Europa á un gran número de ministros y aun á las mismas queridas de los reyes franceses, y que no pocos italianos y alemanes pendían con

el propio cebo de la voluntad de nuestro gobierno. Ni parecería tan extraña cosa á Roma misma, cuando en el cónclave de 1559 el cardenal decano echó en cara al embajador Vargas que por nuestra parte «se había» amenazado de quitar sus rentas á los cardenales» que no se prestasen á complacerlos, y hubo en el sacro colegio quien públicamente justificase la conducta del rey Felipe, y de resultados de aquella disputa, según dice una relación publicada, «se ganó mucha tierra.»

Sea cualquiera el sentimiento de nuestra propia conciencia, pues que se trata de contradicciones de la antigua política de España, ó de las que se hallan en la conducta de los papas, y al propio tiempo de la irregularidad de ciertos medios para influir en las más respetables de las cosas públicas, permítame la Academia que emita la opinión de que los hombres de estado que en los siglos XVI y XVII se vieron precisados á combatir á veces las consecuencias de sus mismos principios y á no reparar en medios para propagarlos y sostenerlos, hallarán fácilmente quien los comprenda, y hasta cierto punto los excuse en nuestros días, si se juzga su situación imparcialmente y se inquieren con sinceridad sus perplejidades y sus amarguras. Porque en ninguna época las flaquezas humanas y los recursos heroicos de las opiniones beligerantes han conducido quizás á más deplorables extremos que en la presente, y en ninguna se ha hecho más de desear á los espíritus rectos el triunfo racional, legítimo y definitivo de la verdad y de la justicia, así como en tiempo alguno mayores contradicciones de conducta han ocultado durante períodos enteros el propósito real de las encontradas parcialidades científicas ó políticas.

Sí, señores; nos oyen generaciones habituadas á derribar tiranías seculares para levantar en su lugar nuevos y más terribles tiranos; nos oyen escuelas y partidos y parcialidades de toda especie, que ellas mismas han estorbado en muchas ocasiones el triunfo de sus principios; que ellas propias han dado frecuentemente á los principios contrarios la razón y la victoria; nos oyen hombres de todas las opiniones, lo mismo en el nuevo que en el antiguo mundo, empedernidos en la vieja herejía de que el fin justifica los medios; y sin embargo, ¿quién dudará por eso del carácter augusto de las luchas que estamos presenciando? ¿Quién no ve en este siglo XIX grandes y santas causas y grandes y santos principios, triunfos felicísimos y derrotas miserables para el espíritu y para la especie humana? No juzguemos pues con un criterio distinto del que á nuestra época aplicamos, del que se suele emplear siempre cuando se juzgan acciones humanas, ni al pontificado, ni á la política española de hace dos siglos. No hay mayor error que el que se cometería obrando de otra suerte en la severa ciencia de la historia.

Pocos escritores, es cierto, se libran de incurrir en él de todo punto. Precisamente al examinar, siquiera sea de pasada, cuál fué la condición de los pueblos de Italia en el ínterin que tal y tan difícil empresa llevaba á cabo nuestra política, no puedo menos de recordar con pena cuánto han calumniado nuestro dominio ciertos libros italianos en los antiguos y últimos tiempos. A la verdad, no en todo rendían tributo los autores al género de crítica que he censurado, antes bien se proponían muchos de ellos zaherir indirectamente la dominación austriaca que aborrecían, refiriendo y comentando con acritud suma los hechos de los ministros y gobernadores españoles, que podían tener alguna semejanza con otros que ejecutaban sus gobernadores actuales. Este artificio, que no aprovecha á su imparcialidad de escritores, puede excusar sin embargo la pasión ordinaria de sus juicios. Por ejemplo, un escritor tan popular en España como Manzoni se ha complacido en describir con sarcástica severidad muchas de las circunstancias que acompañaban al dominio español en Lombardía en aquel hermoso romance de *I promessi sposi*, que no tiene rival en la moderna literatura del continente europeo; y César Cantú, con ligereza impropia de su mérito, no ha tenido reparo en añadir en sus notas á aquel libro inmortal nuevo aliento á las preocupaciones del vulgo. No fueron, como era natural, más benévolos con España que son ahora sus descendientes, los políticos y los libelistas italianos del tiempo de nuestra dominación.

A creer á Trajano Boccalini, por ejemplo, «era un» monstruo jamás conocido ni oído el ministro español» que gobernaba honradamente,» como gobernó al milanés el conde de Fuentes; y el solo Gregorio Leti bastaría, si se diera crédito á sus innumerables diatribas, pagadas comunmente por nuestros adversarios, para desacreditar al mayor número de nuestros vireyes y generales de Italia. Pero ya contra estos desahogos del comprimido odio antiguo y las exageraciones interesadas de ciertos modernos se han levantado en Italia misma generosas protestas. Egidio de Magri, malogrado ingenio, que continuó con fortuna la preciada historia milanés de Pietro Verri, dice, tratando del establecimiento de los españoles en Italia estas notables palabras: «Respetadas las formas jurídicas, respetadas las costumbres administrativas y políticas, la única diferencia entre el señorío extranjero y el nacional consistía en que el duque era sustituido por un gobernador.» Y en otro lugar, después de declarar que no dejaron de hacer beneficios los gobernadores españoles, el propio autor añade:

«Mucho mal se hizo al propio tiempo; pero exige la justicia que una parte se atribuya á la índole de las circunstancias políticas, y otra mayor aun al tiempo necesario para vencer las preocupaciones y asimilar

» los intereses de los que mandaban y de los que obedecían; cortísima parte, en fin, á la maldad. No nos vengza el sentimiento del odio; la condición de los otros pueblos de la España misma, no era ciertamente mejor que la nuestra á la sazón: era aquella época de dolores, de los cuales nos tocó una porción, quizás la menor, y las demás naciones tuvieron necesidad en cambio de pruebas terribles para obtener el reposo civil.»

Más explícito aun Giuseppe Manno, uno de los escritores de Italia que mejor fama han alcanzado en nuestro siglo, juzga de esta suerte la dominación española en Cerdeña, que fué donde primero se afirmó y donde se prolongó por más tiempo.

«El gobierno español, dice, fué sabio en sus leyes,» celoso del cumplimiento de sus disposiciones y condecorador en grado sumo de los modos de captarse el amor de sus pueblos. Era generoso en otorgar las gracias que convenían á sus fines políticos, y diestro en negar las que no se ajustaban á ellos, prefiriendo desvanecer las esperanzas con prontos desengaños á entretenerlas con promesas benignas para ir las poco á poco satisfaciendo. Que si los funcionarios hacían tal vez inútil con su conducta la sabiduría y autoridad de las leyes,» los sardos sabían de antiguo que recurriendo al soberano, hallaban en el trono siempre lealtad y justicia. Claramente se vió esto en las Cortes, que aunque dijeran osadamente verdades contrarias á los mayores ministros de la isla, lejos de producir esto males proporcionó siempre prudentes remedios. Si á esto se añada que la Cerdeña, una ya en lengua, en costumbres y en leyes con España, menos se consideraba como uno de los reinos independientes de la monarquía que como una de sus naturales provincias, se comprenderá fácilmente porqué los sardos, con el amor que profesaban á aquel gobierno, olvidaban los vicios que acaso hallaban en la administración pública.» De la propia suerte juzga este autor todas las circunstancias de la dominación española.

No temo que puedan tacharse de parciales estos juicios que están además confirmados por los hechos. Consta que nuestros reyes tuvieron el buen acierto de no atentar contra la libertad de las Cortes sardas, las cuales funcionaron siempre bajo nuestra dominación, y el de compartir con el senado de Milan, representación secular de los intereses y de las necesidades de aquella provincia, su propia soberanía. Extendiase la autoridad de este senado hasta á suspender con el veto la ejecución de las disposiciones soberanas: á confirmárlas, requisito sin el cual no tenían aquellas valor alguno; á limitarlas y restringirlas según los casos.

Era aquella, en suma, una magistratura política, judicial y administrativa, que por sus grandes atribuciones y su estabilidad limitaba singularmente el poder de los gobernadores, frecuentemente reemplazados, impidiendo toda la exageración del poder absoluto. Además se componía de milaneses casi en su totalidad el senado; á tal punto que en 1666, por ejemplo, no había entre quince senadores más que tres solos españoles, probados todos ellos en los altos empleos, y de la principal nobleza el mayor número; de donde se deduce que bien puede recaer sobre los naturales una parte, y aun quizás la principal, de la censura que merezca la administración española en el estado.

Ni dejó de reunirse tampoco en tiempo de España el parlamento de Sicilia negando ó concediendo los subsidios, reprimiendo la autoridad de los vireyes, interviniendo eficazmente también en la administración de aquel reino, donde, si algo se echa de menos á juicio de modernos escritores sicilianos, era alguna mayor energía en el poder y más fuerza en la autoridad pública, al mismo tiempo que cierto alivio en las contribuciones que el constante estado de guerra hacía pesar sobre toda la monarquía. Nápoles, por último, donde el parlamento general no se reunió nunca periódicamente, y los *seggi* ó cuarteles de la nobleza y del pueblo no ofrecieron más que un simulacro de representación y de libertad en las varias épocas de su historia, conservó bajo nuestro gobierno las mismas franquicias que antes tenía, recibió leyes sabias y prudentes, á las cuales solo les faltaba la observación y la ejecución en concepto del rigoroso Pedro Giannone; y logró al propio tiempo que para siempre cesasen las antiguas luchas entre los barones y los plebeyos que tantas desdichas trajeron sobre los naturales, haciendo casi indispensable en su territorio la dominación extranjera. Por exceso de gabelas y de tributos se movió solo el motín que acaudilló el infeliz Masaniello, y los sublevados gritaron: *viva el rey de España*, hasta que la necesidad de la propia conservación y las intrigas extranjeras excitaron en ellos otros sentimientos.

Lo mismo exactamente acontece en la rebelión de los sicilianos, que ellos apellidaron conjuración de los ministros españoles contra la isla. Los tributos y la guerra: hé aquí el constante motivo de disgusto que tenían los italianos entonces, y no era diverso del que en las Cortes de Castilla se había manifestado en varias ocasiones, al propio tiempo que Cataluña, Aragón, Valencia y las provincias vascas se oponían á continuar llevando tan pesadas cargas, ni más ni menos que Nápoles ó Sicilia, cuando no se pronunciaban como ellas en abierta insurrección. Nada se hallará de consiguiente en Italia que no se encuentre asimismo en España por aquel tiempo.

Por eso, ya que compartieron los italianos nuestros trabajos, les dimos en cambio lo que más han echado de menos en época cercana, que es consideración y amor de hermanos en todas las cosas públicas. Su mili-

cia alternaba en el puesto de honor con la nuestra « por sus largos y buenos servicios, » según declararon repetidamente nuestros reyes; sus capitanes mandaban, con tanta frecuencia al menos como los nuestros, los ejércitos; sus nobles disfrutaban de nuestros hábitos de nobleza, de nuestros títulos, de nuestras preeminencias; sus pueblos no eran menos atendidos en concepto alguno que los de España.

No tuvieron siempre reposo, no lograron progresos constantes, porque tales tiempos y tal política no dieron de sí más que guerras feroces y sacrificios sin cuento, lo mismo para España que para Italia; pero suya es como nuestra, y no se la disputamos seguramente, la gloria de todas las empresas de la monarquía española en aquella época. Con ellos, como con los españoles, estuvo en Mhulberg Carlos V al protestantismo germánico; con unos y otros reprimió el protestantismo francés Felipe II, y mezclados los bajeles que ambas naciones tripulaban, lidiaron en la mar con los turcos.

Italianos eran los compañeros del gran capitán, Próspero y Fabricio Colonna; italiano el marqués de Pescara, el más querido de los capitanes que gobernaron la vieja infantería española; y el del Vasto, que reputó España por uno de sus mejores caballeros; los Doria fueron nuestros almirantes por más de un siglo; los Gonzagas sentaron plaza de soldados por el mismo tiempo bajo nuestras banderas; y dado que Filiberto de Saboya, Alejandro Farnesio y Ambrosio de Espinola levantaron el nombre italiano al más alto punto en nuestros ejércitos, todavía puede buscar Italia en las historias castellanas otra multitud de nombres gloriosos para ella, como Chapin, Vitelli, Castaldo, Cantelmo, valiente soldado de Flandes; Gabriel y Juan de Cervellon, sabios y valerosos guerreros, honor de Milan, su patria; Francisco Serra, Carlos de Gatta, y aquel buen Caracciolo, marqués de Torrecusa, célebre en Fuenterrabía, en Cataluña, en Portugal, cuyo hijo, que amaba en extremo á los españoles, murió en la desdichada jornada de Monjuich, oyendo por última advertencia de su padre aquellas palabras que Melo admira: « Ea, morir ó vencer; Dios y tu honra. » Tal era el lema común de italianos y españoles entonces.

Separados unos de otros, y para siempre sin duda, por el curso inevitable de la historia, la España hace ya justicia á los italianos que contribuyeron á su gloria, y la Italia llegará también al cabo á respetar la memoria de unos dominadores que la regaron con su sangre por tantos siglos para volver más pobres á sus hogares que cuando arribaron á sus playas en triunfo. Lo mismo nuestra política que nuestra antigua dinastía, se sepultaron en el sepulcro que encerró al desventurado Carlos II, y desde entonces no hemos vuelto á ser dominadores en Italia; por el contrario, si ha habido en ella alguna independencia hasta ahora, se debe á España, que reconquistó para eso á Nápoles y á Sicilia, y arrancó de Parma el dominio extranjero.

Cedimos además la Cerdeña á los príncipes de Saboya para que con su nombre bautizaran el reino libertador de la Italia; de modo que de las antiguas provincias españolas sólo Milan ha sufrido por siglo y medio todavía el yugo que la impuso Antonio de Leiva; porque en cuanto á Venecia, ni la conquistamos ni la perdimos los españoles; y si padece en el día, no será ciertamente por efecto de nuestra política en Italia.

Aquí termina pues naturalmente el cuadro de recuerdos que me habia propuesto trazar en este discurso. Ni una palabra he dicho, como habia ofrecido á la Academia, que se refiera á las cuestiones actuales. Por más que no podamos ser indiferentes en concepto alguno á la suerte de Italia y á los grandes intereses que se ventilan hoy, como siempre se han ventilado, en su suelo, una cosa me parece evidente, y es que la misión penosa, excepcional, aislada que la Providencia nos impuso algún día, está de nuestra parte mucho tiempo ha terminada.

Libre ya de aquel peso tan grande y tan desproporcionado á las fuerzas de una nación sola; fuera de Italia, y apartada un tanto de la complicada trama de los negocios europeos; regenerada por los tiempos, y repuesta en algo de su dolorosa caída, parece sin duda llegado el caso de que consagre España á objetos de peculiar interés sus nuevas fuerzas. Ninguno mejor sin duda que aquel que Don Pedro de Aragón abandonó cuando los sicilianos le llamaron inopinadamente á su isla, y aquel que los Reyes Católicos dejaron aparte para transportar al continente de Italia la política española. Y es consolador, señores, ver en nuestros días reanudada espontáneamente nuestra historia, y ver que vueltas al fin las espaldas al Pirineo y al mar de Levante, acaba España de iniciar en Africa esta política, restableciendo allí la antigua gloria de nuestras banderas. ¡Ojalá que la Providencia, á cuyos universales fines hemos servido con tantos sacrificios en otro tiempo, nos permita en adelante cumplir también con nuestros propios y peculiares destinos!

Revista de la moda.

SUMARIO. — La corte y el mundo oficial están de luto. — La desercion aristocrática. — El sombrero de Garibaldi. — Concierto del príncipe Galitzin y su programa. — Trajes de verano. — De las corbatas. — Descripción del figurin de este número que representa trajes copiados en el bosque de Boulogne.

La corte y el mundo oficial están de luto por veinte y un días. Las recepciones de Fontainebleau y los placeres proyec-

tados en el palacio de Saint-Cloud han sido interrumpidos por la muerte del príncipe Gerónimo. El mundo elegante se dirige á los baños y al campo; París se convierte en un desierto, que en breve se verá invadido por los extranjeros y los provincianos. Ya estos últimos se han presentado estos días con motivo de la exposicion de agricultura. ¡Curiosos tipos! Nada más divertido que verlos cómo se extasian delante de los monumentos, de las tiendas, en los teatros y en los paseos.

La anglomanía sigue haciendo furor en las modas de Francia.

También para el campo se ha adoptado un nuevo sombrero que llaman á la Garibaldi.

Garibaldi es el héroe del día. En Londres el príncipe de Galitzin, admirador de Garibaldi, ha dado un concierto público en favor de la unidad italiana.

Este concierto tenia por título: « Demostracion en favor de Garibaldi: » pero ha sido al mismo tiempo una demostracion en favor de la música rusa que llenaba todo el programa, como se puede juzgar por su contenido que era el siguiente:

PRIMERA PARTE.

- Coro Santa María. — Príncipe G. Galitzin.
- Melodía para dos voces. — Id.
- Coro. — Bertnianski.
- Adios de Schubert, dos voces. — Príncipe G. Galitzin.
- Terceto, de una ópera rusa. — Glinka.

SEGUNDA PARTE.

- Coro. — Bertnianski.
- Romanza. — Príncipe G. Galitzin.
- Mazurca. — Glinka.
- Wals. — Príncipe G. Galitzin.
- Polaca con coro. — Glinka.

La melodía rusa fué cantada por madama Saintou Dolby, y por Mongini. El Adios de Schubert por madama Saintou y miss Lucia Pyne, y la romanza por madama Saintou. M. Patey completaba el terceto. Miss Arabella Godard ejecutaba la mazurca y el príncipe dirigía la orquesta. Este brillante concierto tuvo lugar en Saint-James-Hall en presencia de un gran concurso de espectadores.

Hablemos ahora de modas. Al que le guste vestirse ligero, aquí tiene prendas muy sencillas y muy cómodas que se llevan mucho para vivir en el campo.

— Un traje compuesto de un frac en forma de levita corta, de alpaga inglés. El chaleco es de valencias paja, de forma derecha, un poco largo por abajo; va cerrado con cuatro botones, y tiene un cuello alto redondeado en sus extremidades. Pantalón blanco, un poco ancho de piernas y adornado en las costuras exteriores con un doble vivo de la misma tela.

— Otro de género inglés de tela de cuadritos grises y negros. La casaquilla un poco larga tiene carteras y bolsillos. El chaleco de la misma tela va abotonado con cinco botones; el chal es alto y se redondea sobre el pecho.

El pantalón es ancho de piernas, estrecho por abajo y sin trabillas.

El último traje es de fantasía, y se compone de un paletó corto de lana ó de lienzo con bolsillos y mangas un poco anchas. Con este paletó se lleva un chaleco y un pantalón de la misma tela.

La gran novedad del día, que por cierto es poco nueva, es la jaqueta de lana. ¿Qué puedo decir sobre esta novedad tan vieja?

Ya se está tratando de los trajes de caza, aunque es demasiado pronto para hablar de ellos.

Si me anticipo á hablar de las cosas del mes de setiembre, ¿qué me quedará para entonces? Así como cuando se trata de fantasías femeninas me abunda la materia, así cuando es preciso señalar las novedades masculinas me encuentro en un apuro.

Yo no puedo decir á un hombre: — Poneos la corbata de tal ó cual modo; porque me responderá y con razón: — Este lazo me está mejor que el otro.

Sin embargo, diré en punto á corbatas que se llevan bonitos cuellos vueltos á la amazona: en un joven está muy bien; pero en un hombre de cierta edad me parece mejor el cuello derecho.

Únicamente los chalecos presentan cierta novedad relativa. Se llevan con ricas botonaduras.

Para resumir, diremos que el paletó saco y la tuina á la inglesa son las dos prendas á la moda.

Estas dos prendas son de una forma bastante conocida; pero como la moda masculina no ha encontrado otra cosa para reemplazarlas, debo indicárselas aquí como la gran novedad del día.

Mientras llegan los modelos de otoño, nuestro figurin da el conjunto de diferentes trajes copiados en el bosque de Boulogne.

El primero es el de un joven de veinte y cinco á treinta años.

Se compone de un frac á la francesa de ligero paño negro con talle largo, los faldones redondos por el delantero, cuello y pequeñas solapas. Las mangas anchas y sin bocamangas.

El chaleco y el pantalón de dril blanco. El chaleco es de chal pequeño y subido; el pantalón ancho y derecho. El cuello de la camisa vuelto y la corbata azul. Sombrero blanco, guantes de color de paja y junco de la China.

El segundo es un traje de primavera que no carece de cierta elegancia, pues siendo de fantasía, sirve también para visitas y comidas. El frac está cortado en forma de levita. El chaleco es de chal alto. El pantalón de cuadritos y mezclilla tiene banda en los lados. Guantes claros. Corbata de color de castaña y sombrero negro.

Nuestro figurin se termina con un traje todo blanco y una librea de estío.

El traje blanco se hace de piqué ó de dril, y exige un corte elegante. Además, el hombre ha de ser muy distinguido para no parecer un molinero con esta vestidura.

La librea es de lacayo traje de mañana. La chaquetilla de algodón rayado lleva un chal pequeño por arriba y cierra derecha sobre el delantero.

El chaleco es de pelo de cabra rayado, rojo y negro. Es largo y se abotona alto. Pantalón de lienzo ancho de piernas, y gorra de color de castaña con galon rojo.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El gran jubileo de Chaumont (Alto-Marne).

Este jubileo tiene lugar cuantas veces la Natividad de san Juan Bautista, patron de Chaumont, cae en domingo; por consiguiente este año se ha celebrado con la pompa acostumbrada. Sisto IV acordó este favor especial á la iglesia de Chaumont en 1475. á ruegos de su amigo Juan de Montmirel, obispo de Vaison, natural de Chaumont, y cuyo sepulcro de mármol blanco adorna una de las capillas de Santa María del Popolo en Roma. Desde hace cuatro siglos esta indulgencia plenaria hace que se repitan fiestas espléndidas cuyo carácter ha variado, pero que son eminentemente populares.

En el siglo XV y sobre todo en el siguiente, la fiesta de Jubileo atraía á Chaumont una multitud de fieles de la comarca y aun del extranjero. Todas las iglesias importantes del reino oían la publicación; el capítulo de canónigos de Chaumont enviaba carteles y pagaba predicadores para que hicieran uso de toda su elocuencia convidando á los pueblos al jubileo.

Para dar más solemnidad á la fiesta, los habitantes pidieron permiso para representar en la procesion que tenia lugar aquel día, el misterio de la vida de san Juan Bautista.

Tal es el origen y el objeto del misterio conocido con el título de *Diablerie de Chaumont*, nombre tomado de los actores disfrazados de diablos y que figuraban en la escena la condenacion de Herodes. Estos se hallaban encargados especialmente de anunciar el Jubileo por la ciudad y sus cercanías. En la procesion del domingo de Ramos subían á la torre del Barle, antiguo Hotel de Villa, y lanzaban fuegos artificiales sobre el oficiante y su comitiva. Hasta el día de san Juan hacían excursiones en que ponían á rescate á los que no les daban la limosna. Mas de un deudor, para poder pagar á sus acreedores, se plantaba el disfraz diabólico, y se asegura que las buenas mujeres de Chaumont decían á menudo: « Si quiere Dios y la Santa Virgen y san Juan, nuestro hombre será diablo y pagaremos nuestras deudas. »

Una cuadrilla menos turbulenta que la de los diablos, la de los sarracenos vestidos á la oriental y procedentes de los *estranges* países, entraba el día de Cuasimodo en la ciudad recibiendo en ella una hospitalidad generosa. El domingo antes de la Natividad de san Juan el sermón trataba del jubileo, y en tanto que despues del exordio, el predicador recitaba el *Ave-Maria*, un canónigo salía de la sacristía y traía con toda solemnidad la bula de Sixto IV, que se leía á la muchedumbre y se llevaba luego con mucha ceremonia.

Los penitentes se apiñaban á la puerta de las iglesias donde predicaban los oradores de fama, y los sacerdotes oían las confesiones hasta en las calles. El día de la fiesta la procesion se detenía en los teatrillos y asistía á la representacion del misterio. Se llegaron á contar hasta quince teatros en los que se veían las Virtudes, Zacarías, los Profetas, la Natividad, san Juan en el desierto, la predicacion en las orillas del Jordan, el bautismo de Nuestro Señor, el Redargumento de Herodes, la Encarcelacion, la Degollacion, los Limbos de los Padres, el Infierno, las Sibilas, Nuestra Señora de las Nubes, la Anunciacion. El escenario y las decoraciones eran pomposos; los actores muchos y sus trajes muy ricos. Así en la Encarcelacion figuraban más de sesenta personas, reyes y reinas, pontífices y guerreros, escribas y tariseos; las lentejuelas de oro, los bordados, los vestidos de seda, la profusion de pedrerías y la platería oriental, deslumbraban á los espectadores. En la Degollacion habia un espléndido festin. Antes de que las rosas se marchitaran en la frente de los convidados, entraban dos jóvenes bailarines y dos *sautterelles*, la hermosa Herodias y su hijo Salomé. Un diablillo negro seguía sus pasos, quizá á fin de paralizar la impresion del baile en los espectadores. Nada debilitaba el trágico momento de la degollacion: nuestros padres menos delicados ó menos impresionables que nosotros, hacían saltar la sangre en la escena; en el teatro de la Natividad tenian también accesorios cuya trivialidad nos repugna.

Las representaciones teatrales conservaron en un principio cierta moralidad; pero luego se fueron deslizando en ellas algunos desórdenes. El capítulo, empeñado también por el gasto que ocasionaban, pidió su supresion. Los magistrados de Chaumont opusieron una resistencia invencible porque participaban de los sentimientos del pueblo. En 1663 los gastos se elevaron á 1,851 libras, y la diablería no era ya mas que un pretexto de disipacion contrario al carácter religioso. Los canónigos renovaron sus instancias cerca del obispo y del parlamento; pero de todos modos, la abolicion del misterio no se pronunció hasta el 19 de marzo de 1668.

Sin embargo, no aniquilaron las tradiciones del pasado. La indulgencia del jubileo existe y atrae á la muchedumbre. La procesion no ha perdido su magnificencia; hasta conserva alguna cosa de su sello teatral y de su antigua originalidad. Esta fiesta forma época en Chaumont. Cuando se acerca su día, los miembros dis-



LA PROCESION DEL GRAN JUBILEO DELANTE DEL ALTAR DEL HOTEL DE VILLA EN CHAUMONT (Francia).

persos de las familias se reúnen, y las casas se blanquean y se adornan para recibir á los forasteros. Este año ha tenido su brillo y su pompa de costumbre.

Las plazas, las calles y los balcones estaban llenos de gente. Los altares de descanso improvisados por los habitantes con el mayor celo, rivalizaban en grandeza, riqueza y buen gusto. El primero, el del Palacio de Justicia, se adaptaba á la arquitectura del monumento; el segundo, en la casa de la prefectura, figuraba un claustro gótico; en el tercero se veía una hermosa imagen de la Virgen.

En la plaza del Hotel de Villa habían construido una fachada colosal de estilo gótico libre y flanqueada de pórticos en ogiva. Se llegaba al altar por dos avenidas de abetos. Detrás se abrían grandes nichos con altas agujas, y adornados con guirnaldas de rosas. Estos nichos abrigaban una Inmaculada Concepcion y dos ángeles pintados por un artista de fama.

Mas lejos en la plaza de los Capuchinos, en una gruta de peñascos y verdura, san Juan bautizaba á Nuestro Señor; el agua caía de la concha que el Precursor tenia en la mano y corría entre las rocas y las plantas acuáticas. Encima de la gruta estaba el altar. El retablo mostraba al hijo pródigo en los brazos de su padre; tierno símbolo de los frutos espirituales del Gran Jubileo.

La procesion llegaba despues al desierto del Jordan; árboles, plantas, fuentes, rocas, pájaros, serpientes, todo parecia debido á la naturaleza. A pocos pasos de este altar sencillo y silvestre, se elevaba en medio de árboles y surtidores de agua, una alta estatua de san Juan Bautista. La lluvia abundante que caía en su derredor, era una imagen del rocío de gracias que obtiene para la ciudad que protege.

Parecia uno estar en alguna fiesta de la edad media, al contemplar el hermoso espectáculo de estas estaciones: las cruces, los estandartes, los ricos paños de los ornatos litúrgicos, las niñas vestidas de blanco, la estatua de una Virgen milagrosa y espléndidamente vestida, los antiguos

relicarios dorados, las estatuillas de las corporaciones obreras, los niños esparciendo flores vestidos de ángeles con alas de oro, ó de san Juan Bautista con la cruz y el cuerpo medio desnudo; luego los brillantes uniformes militares y detrás el Santo Sacramento, el prefecto, el alcalde, los jefes de servicio de las diferentes administraciones revestidos con el traje oficial; el tribunal civil, el liceo imperial, el cuerpo de los abogados, las músicas, los cánticos religiosos y el toque de

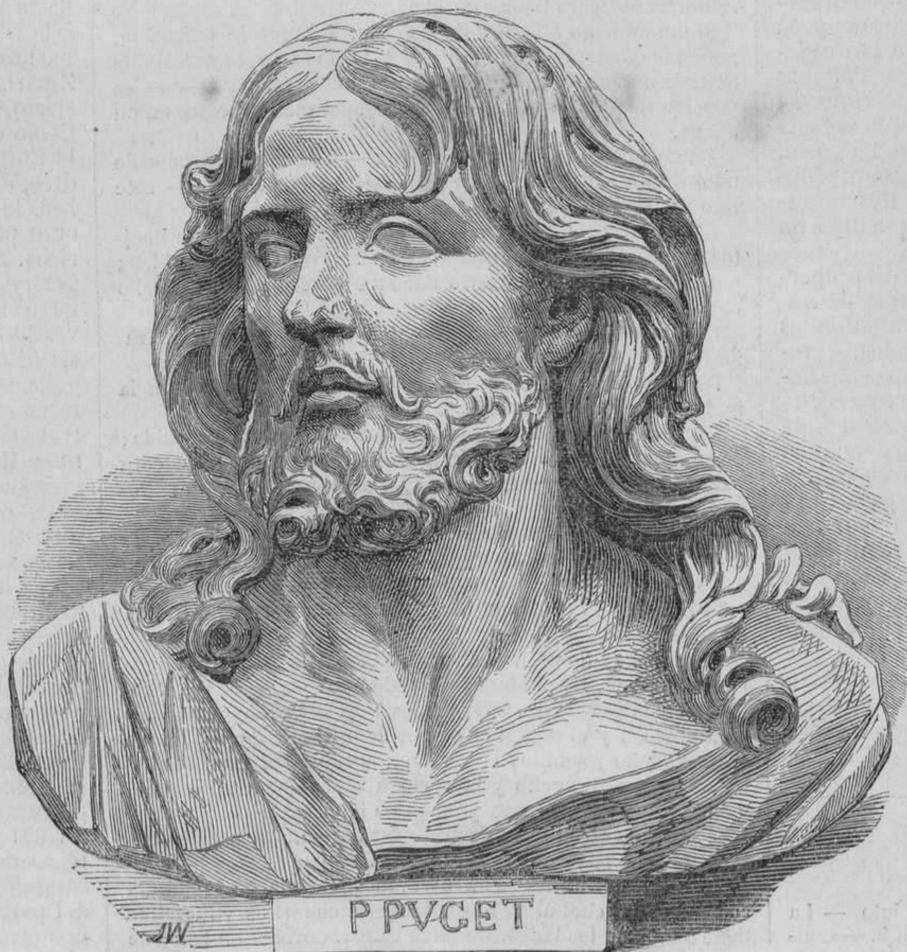
las campanas, daban á esta procesion un aspecto que en vano trataríamos de pintar y que electrizaba á la muchedumbre. X.

Cabeza de Cristo ejecutada por P. Puget.

El célebre estatuario Pedro Puget, que es una de las glorias de la Francia, tuvo motivos de queja varias veces por la indiferencia de sus contemporáneos; en repetidas ocasiones no le dieron obras importantes que le habían prometido, y las injusticias de que fué víctima dejaron en su alma un sentimiento doloroso, que se encuentra reflejado en el carácter de la arquitectura de la casa que se construyó en Marsella, su ciudad natal, á la esquina de la calle de Roma.

El artista que había tenido que luchar contra la mala suerte, y en su juventud había conocido la miseria en Italia; el artista, que despues de haber creado en Génova obras maestras que aun en el día se admiran, habría quedado ignorado en su patria si Bernini no hubiera llamado sobre él la atención de Colbert, tenía derecho para inscribir estas palabras en la fachada de su casa: « No hay bien sin trabajos. » En el friso trazó esta otra inscripción: *Salvator mundi, miserere nobis.* Y en un nicho redondo, sobre la ventana del primer piso, colocó el busto en mármol que se ve representado en nuestro grabado. El dibujo de esta cabeza es muy franco, y su vigorosa ejecución está bien calculada para el efecto que debe producir en la altura á que se encuentra. El conjunto del rostro es muy expresivo y no carece de nobleza, aunque sin pertenecer sin embargo á un estilo severo y correcto ni elevarse á la pureza ideal, cualidades que habían desertado el arte en aquel tiempo. Esta imagen del Salvador fué sustraída durante la revolucion al furor de los iconoclastas. En el día debe venderse públicamente en Paris en la casa de almoneda de la calle Drouot.

J. DE P.



CABEZA DE CRISTO EN MARMOL ESCULPIDA POR P. PUGET.